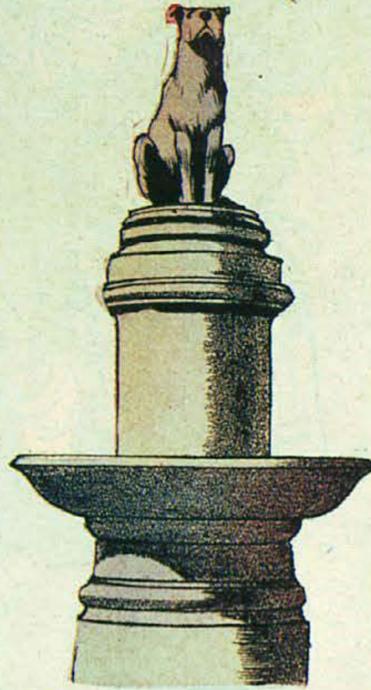


VISTO Y OIDO ★ No Quiso Envejecer en Público ★ por PREMIANI



La CONDESA de CASTIGLIONI, AMANTE de NAPOLEON III^o, era tal ORGULLOSA, QUE CONFORME EMPEZO a SENTIRSE VIEJA se ENCERRO en SU PALACIO para NO DEJARSE VER, y VIVIO ENCERRADA 30 AÑOS, HASTA SU MUERTE.



En LONDRES se ha ERIGIDO un MONUMENTO al FERRO SACRIFICADO para la VIVISECCION en los LABORATORIOS CIENTIFICOS.



La APARICION del SOMBRERO de COPA, HACIA 1800, fue CONSIDERADA SUBVERSIVA en INGLATERRA. Los INDIVIDUOS QUE LUCIAN TAL PRENDA, ERAN CONDUCTOS a la PRISION.



La FUERZA del CONDOR en las ALAS es tal, QUE con un ALETAZO PUEDE ROMPERLE un BRAZO a un HOMBRE.



De la HERMOSISIMA PLANTA WELWITSCHIA SOLO QUEDAN EJEMPLARES en el DESIERTO de KALAHARI (AFRICA AUSTRAL).

¡Abajo las Letras!

CUANDO dejamos el taller de la calle Bulnes, nos fuimos a Sadi Carnot y Guardia Vieja. Allí nos comían las moscas, era muy reducido y, además, el sol por la tarde nos cocinaba los sesos. Quedaba mal, también, que una sastrería a la que le cupiera la gloria de servir al galán joven de Ernesto Vilches, y tenía el activo letrado de "Sastrería de Civil y Militar", estuviera frente a un tampo de vacas mal educadas, indiferentes y sonoras... Dada la natural delicadeza del oficio, un arte aparte ironía, nos reventaba el salud del barrendero que ocupaba la antecámara, y movido por natural curiosidad, se plantaba en la puerta. Teníamos luego, una persona decente, un amigo de Vilches, que nos aconsejaba abandonar ese negocio sin suerte, metido entre dos conventillos.

Excuso decir que el barrendero de facción, a pesar de nuestros franciscanos ruegos, amontonaba sus economías frente a nuestra puerta. Si todo esto no era suficiente para cambiar de barrio, no sé qué otro gaje podría ser más elocuente. Por eso ni bien tomamos posesión del nuevo local, nos asomamos a la calle para palmejar el ambiente.

En ese instante pasó el dueño de la casa manejando un Ford. Hizo un ligero saludo "el primero que dan los dueños de casa y el último que recibe el inquilino sinceramente". La tirria viene después a tono con la curva, y siguió en recta vertiginosa.

—¿Le has visto la nariz? Tiene un rabanillo — le dije a Félix — quien no me contestó sino después de un rato, para decirme: —... Este barrio, me palpito, es mucho más decente.

La suerte quiso, empero, que el tronco de un cacho de bananas, pegara contra la puerta.

Yo no puedo darme cuenta si me lo habían tirado a mí. El caso fue que no me di por aludido. Los humoristas eran dos "niños" que vendrían de juntar requesos del Mercado de Abasto.

A los treinta metros había una cantina; se veía un gran manchón rojizo en la vereda. Probablemente vino Toro. Más acá se hablaba la querseria "El Ideal", no por el olor, seguramente. No nos amilanamos por eso.

Todo lo de pasar sería "transeúnte", lo estable, lo "resbaladizo", más oscuro que lo anterior, gajes de la inexperiencia. Entonces empezamos a meditar cómo podríamos distribuir los objetos que teníamos. El local era demasiado cómodo. El mostrador, la mesa, el maniquí y la máquina era todo. Quedaba, pues, una puerta para subalquilar.

Habríamos un tabique con arpilleras. Ya teníamos el candidato que, a carta cabal, no fallaría. El turco de enfrente estaba ansioso desde el primer día que nos vio interesados por la casa. El mismo se había ofrecido en caso de que alquiláramos, para hacer el tabique y a su misma altura un altito. Otro obstáculo era una gran rejilla. Había sido cantina o almacén, el caso era que lo menos dos cuadrados dereja no quedaría bien para nuestro negocio. Se pensó en una alfombra.

No sé cómo se las compuso don Félix para conseguirla. Al otro día el remedo "Costa Grande" estaba hecho. El zapatero trabajaba con ahínco. Había prometido dividir en un día y lo había logrado. Sólo nos restaba pues, empezar a trabajar.

Don Félix visto de perfil era un chanchó a caballo. Su estatura y el color peculiar a sus cuarenta años, hacían de él una persona entradora, grata y egófila. Asediaba a la mujer a costa de considerables pérdidas. Pocas veces se le vio solo. Su fuerte eran los cines y su triunfo las mujeres. No se fijaba ni en la forma ni en la edad ni el color de su conquista.

Tenía su filosofía. Una película, un café y una mujer. Lo demás se reducía a un cambio de cosas. José Antas era un hombre sin interés, magro, alto, con un bigote recortado sobre el labio superior, y una perpetua visión de placer en los ojos. Inapto para aprender el oficio, no pasaba de aprendizaje adelantado. Pero lo caracterizaba el color de una bondad a toda prueba.

Con sus frecuentes joyotadas hacia pasable su vida y la nuestra. Lo envenecía la amistad del primer actor del viejo Perdiguero.

José Antas contestaba afirmativamente cualquiera que fuese la indicación. Yo que sentía por él cierta atracción, acaso por nuestro común dolor, festejaba a sus oídos el caso del tronco del cacho de bananas, argumentando que si no dio en el blanco fue porque no iba dirigido a mí.

Antas reía a mandíbula hachiente, mientras, para sus adentros apuntaba contra nosotros la más cabal ironía.

Poco faltó para que yo lo dijese, pero no se lo merecía, pues cultivaba mis ilusiones de literato con dignidad. Y yo necesitaba un puntal, aunque él fuera José Antas. Había llevado una novelita a "Novela Semanal" y mis ilusiones eran fundadas sin dejar de ser el nudo gordiano que tenía atada a mi esperanza a esa independencia ficticia de un ambiente de fracasos y miserias. Pero, como era de suponer, aunque fuera mucho mal, no se aceptó. Recuerdo que volví al taller más muerto que vivo. La novela era buena, según las frases fariseas del secretario, pero estaba muy diluida.

Esa semana fué un poco larga y difícil. Entre colocar las instalaciones y el hacerle buena cara a los curiosos, nos pasábamos gran parte del día. La chaquetilla de un general congreso buena parte de vecinos, y una sotana de cura dilo lugar a que se

un sobrino suyo, agente secreto del gobierno español. Un topografista del gobierno de Alfonso XIII. En las mejores circunstancias era don Félix el que desbarataba esos castillos de naipes.

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".



—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".



José Antas contestaba afirmativamente cualquiera que fuese la indicación. Yo que sentía por él cierta atracción, acaso por nuestro común dolor, festejaba a sus oídos el caso del tronco del cacho de bananas, argumentando que si no dio en el blanco fue porque no iba dirigido a mí.

Antas reía a mandíbula hachiente, mientras, para sus adentros apuntaba contra nosotros la más cabal ironía.

Poco faltó para que yo lo dijese, pero no se lo merecía, pues cultivaba mis ilusiones de literato con dignidad. Y yo necesitaba un puntal, aunque él fuera José Antas. Había llevado una novelita a "Novela Semanal" y mis ilusiones eran fundadas sin dejar de ser el nudo gordiano que tenía atada a mi esperanza a esa independencia ficticia de un ambiente de fracasos y miserias. Pero, como era de suponer, aunque fuera mucho mal, no se aceptó. Recuerdo que volví al taller más muerto que vivo. La novela era buena, según las frases fariseas del secretario, pero estaba muy diluida.

Esa semana fué un poco larga y difícil. Entre colocar las instalaciones y el hacerle buena cara a los curiosos, nos pasábamos gran parte del día. La chaquetilla de un general congreso buena parte de vecinos, y una sotana de cura dilo lugar a que se

un sobrino suyo, agente secreto del gobierno español. Un topografista del gobierno de Alfonso XIII. En las mejores circunstancias era don Félix el que desbarataba esos castillos de naipes.

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

Museo de la Confusión

ANIMULA VAGULA

REMEMORANDO la letra de algunos tangos antiguos y repasando otros no tan alejados, confieso que como una vulgar tonadilla, he pasado ratos extraños. Recordado de Discipulos, Caducamos, Novarrines, Ivos Pelay o Ipos Velay y de otros papusos del tango me dispuse a vivir desorientado y a soñar no sé en que mundo. En mi rápido repaso no podía dejar a un lado algunas composiciones que adquirieron en su época grandes éxitos de boletería en diversos zaguanes, arroyos, comisarías, parillas y nosocomios y cuya música tan dulce y acariciadora nunca se supo bien si remedaba a la de la quena o a la de la quema. Entre algunas de las partituras que hicieron racha en varios ranchos, cabe destacar aquella titulada A la luz del candil, y en cuyo libreto se hacía presente un gauchito honrado a carta cabal que después de manifestar que no era beodo ni cuatrero, declaraba ser un criminal a carta cabal y se quedaba tan tranquilo como si hubiese dicho yo soy un ovipuro o yo soy un marzapal. La primer parte de la letra, como todos recordarán, comenzaba así:

Me da su permiso señor [comisario] [entrasao] Disculpe si vengo muy mal [entrasao]

Esto solo nos hace añorar con tristeza aquellas épocas mejores en que hasta el más cabalístico contraventor tenía tropilla de un pelo y que cuando aparecía frente al mayoreo o se internaba en el cuadro quinto, hacía sonar el smoking cubierto de condecoraciones, charreteras y aplicaciones de marfil, y que cuando entregaba sus armas lo hacía con orgullo, pues nunca le faltaba una buena faca con mango de laca o incrustaciones de nácar. Pero no desesperemos, ahora con el asunto del congreso eucarístico tengo la esperanza, para gloria de muchas seccionales, que los calabozos volverán a revestirse de púrpura, que el libro de entradas se plagará de cardenales, arzobispos, abades mitrados, contrabandistas de incienso, falsificadores de maná, etc. y que hasta el más mísero infractor no dejará de deslumbrar al botón o al tira en el acto de su arresto por su elegante atavío a base de cálices, birretes, candelabros y demás utensilios episcopales, al tiempo que en perfecto latín traduzca aquello de:

Atrésteme sargento y pón [game cadena] Si soy un delincuente que me [delme perdone Dios.]

Otro tango que tuvo momentos de halago y que por su título mereció el elogio de Marconi y del telegrafo Morse gracias a una exacta distribución de

Pasando ahora a elucidaciones más cercanas, creo que son pocos los que no han padecido cierto velorio y eocobal titulado Tirame una serpiente.

El personaje principal de esta pieza, además de declarar que el jazz es su beguén y que el tango le causa spleen, padece de otras aberraciones.

Nos lo demuestra cuando dice lo siguiente, en cierta zona tangrera:

Che, mascarita... ¿qué hacés? Te conozco, figulina! Tirame una serpiente No seas malita... ¿querés? Si en un ojo, me das... Señá es de correspondencia! ¡Si en la nariz me pegás! Es prueba de malquerencia!

Indudablemente que este señor es un sadista de los que ya

Indudablemente que este señor es un sadista de los que ya

Indudablemente que este señor es un sadista de los que ya

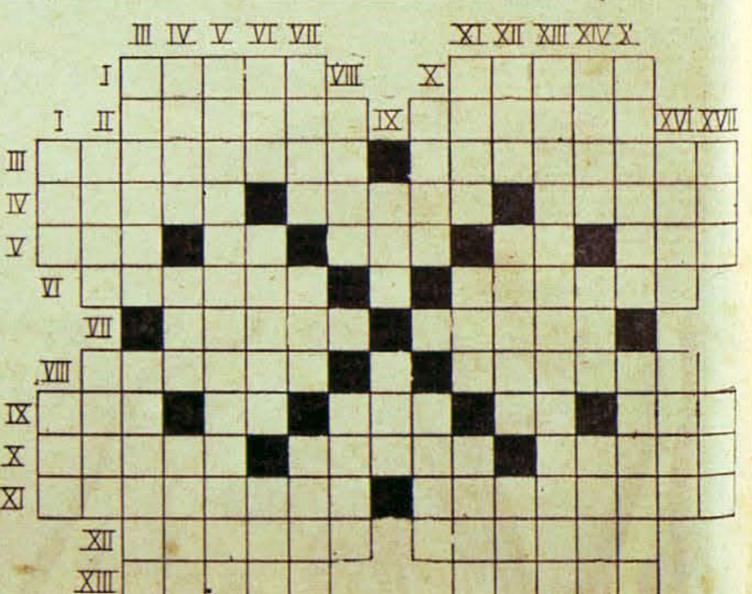
CRUCESE DE PALABRAS

Horizontales
I - 1 Da sombra y caza perdices. 2 Tiene hábito y no es monja.
II - 1 Puede serla una pira gusa, una escopeta o una novia.
2 Sacerdotisa.
III - 1 Favorecedor. 2 Pacificado a pus.
IV - 1 Vinoso. 2 Con el agua al cuello. 3 Aventurada.
V - 1 Piedra y constelación. 2 Interrupción. 3 Vive de la caza y de la pesca. 4 Entre gallos y mediodía. 5 Más y cigarrillos.
VI - 1 Planta. 2 Iodo. 3 Sueña en las fiestas.
VII - 1 Actor norteamericano que prefería el Rambouillet al Lincoln. 2 En Bolivia.
VIII - 1 Mercado de... 2 Mil. 3 Al marido lo metieron preso y tuvo una snaiu muerte.
IX - 1 El fruto se come frito. 2 Por Be o por... 3 En la isla de Cumbina y en la provincia de Buskerud. 4 Chino. 5 Entre Alfa y Omega.
X - 1 De la Vega. 2 La visitaron los franceses en 1923. So-

Por
Cruz Diablo
IV - 1 Sin letras. 2 Ciudad y árbol. 3 Pequeña espada.
V - 1 Espia eléctrica.
VI - 1 Novelista suizo. 2 Azo y castigo. 3 Nombre de la primera mujer, entre los romanos.
VII - 1 En la provincia de Gerona. 2 Fruto y arcónido. 3 Mujer.
VIII - 1 Augusto de Hitler. 2 Muda. 3 Asado a la criolla.
IX - 1 Trepadora. 2 Signo.
X - 1 Mía y perra. 2 Cero. 3 Aliento.
XI - 1 La consiguen otros. 2 Tres cuartas partes de almarid y en la provincia de Lérida. 3 Canto y daño.
XII - 1 Entre esto y aquello. 2 Aotado en Rusia. 3 Río.
XIII - 1 El negro Kaul; ciertos sobres y papeles.
XIV - 1 Cortesana y mariposa. 2 Para pescar. 3 Marte.
XV - 1 Golpea que te van a abrir. 2 Envío.
XVI - 1 Concejal. 2 En latas. XVII - 1 En Filipinas. 2 Ha; aee entrar por él.

Verticales
I - 1 Puede tener llaves o leche. 2 Bebé.
II - 1 En ovejas, cirios, panales y pomadas. 2 Antes epilepsia, ahora moneda persa.
III - 1 Los mal educados en la mesa. 2 personas abreviadas sin brazos.
XIII - 1 Río. 2 Ría.

(La solución en el próximo número)



Los números romanos indican el orden de las columnas; los números árabes (en la lista) el orden de las diversas palabras en cada columna

VISTAZOS

MARK Twain visitó un día a Harriet Beecher Stowe, autora de "La cabaña del tío Tom". Hombre muy descuidado en el vestir, había prescindido de la corbata. Al volver a casa, su esposa le hizo notar el desastre. Un rato después miss Stowe recibía un paquetito. Al abrirlo encontró una corbata de seda negra y una escuela: "Esta es una corbata. Esta mañana estuve en su casa media hora sin ella: mirela durante media hora y me la devolví después. Es la única que tengo".

Después de la apertura de una sesión en la Conferencia de la Paz, salieron juntos Clemenceau, con chambergo, y lord Balfour, con sombrero de copa. Balfour se disculpó. Me indicaron — dijo — que era obligatorio usarlo. — A mí también — dijo Clemenceau.

Edison, vagando por los jardines que rodean sus laboratorios de Menlo Park, encontró en un día de otoño un pajarito enfermo, que no podía seguir a sus compañeros en el exodo al Sur. Con sus cuidados, el pajarito fue mejorando y dió ineluctables muestras de prepararse al viaje. El bondadoso salvador temió que las fuerzas de su protegido no responderían a tan gran empresa. Entonces preparó una cajita confortable, con todo lo que el frágil viajero pudiera necesitar; lo instaló en ella; hizo la expedición a una empresa en Sud América, pidiendo que al llegar a su destino se diera al pajarito la libertad.

En un museo de Viena se exhibe el piano que perteneció a Beethoven. Una muchacha norteamericana que dió casualmente con él frangó una picicita. Volviéndose al guardián le preguntó si no solían venir grandes pianistas a visitar el instrumento. El guardián contestó que precisamente Paderevski había estado hacia poco.

—Paderevski? — Interrogó la muchacha. Seguramente ejecutó algo magnífico.

—Al contrario, — le dijo el guardián, — no se animó a tocarlo.

hiciesen gruesos chistes de mal gusto. La primera en entrar fué María, la vacante del lugar. Se ofreció como chalequera. El turco ya le "había" puesto las tapitas. Tenía una cara envuelta en una nube de picardía y el hábito falso de arreglarle siempre las ligas. Es de imaginar el efecto que podía causar su pierna corta y bien torneada. Don Félix la cotejó con la de su mujer y cotizó...

José Antas la invitó, en un descuido de su amo, para la una... Esos atrevimientos le habían dado siempre buenos resultados... Yo estaba con mi confusión habitual ante esos partidos del instinto envuelto en las inconveniencias de mi furiosa obra literaria.

Todos los que habían venido a trabajar el lunes, entre ellos un perverso, un checo, un judío, exigieron la paga para no volver. Esas libretas que habíamos ideado resultaban engorrosas de colocar por la natural desconfianza del cliente. Y, en efecto, a las diez primeros que se vendieron, una de ellas salió premiada. El traje le costaba, pues, doce pesos. ¿Qué hacer? Don Félix se las compuso bien, como el caso de la alfombra.

Al día siguiente de entregarle la ropa, el afortunado comprador vino en señal de protesta a mostrar el pantalón completamente comido en las asientaderas.

—Pero, dígame usted, ¿qué ha hecho? Nada, según él; lo que había pasado era que el domingo no se movió del banquillo cantinero. Las brisacas y los tres sietes lo habían dejado en blanco. El dueño de la cantina, de yapa, para cubrirlo, se ocupó en colgarle un papel. El hazmerreír estaba totalmente indignado. Esas tretas e inconveniencias desacreditaban el negocio y perjudicaban por lo tanto nuestros intereses. Sin parar mientes en eso, don Félix perseguía un tipo extraño de trabajar... En su casa sobraba comida...

—¿Para qué tirarla? José Antas ya sabía ese camino y comprendía ese lenguaje. — José, andá a comer. Cuando entré en el hall de "La Prensa" se me oprimió el corazón. Temía que el empleado me rechazara el aviso que yo había ideado sin tener que perder los centavos. El aviso estaba concebido así: "Se necesitan oficiales sastres, los medios que sean discípulos de Gandhi". Cosa rara. El lunes todos habían entendido lo mismo: eran "sastres y medios". Entre los medios llegó un hombrecito hambriento. Tenía 1.40 de alto, dos ojos negros, una nariz abultada y un sombrero triste que hacía "llorar de risa". Llevaba con otros enseres un aparato para armar cigarrillos, una navaja de afeitar y una teterita de terracota. Yo lo miré con pena, ¿qué iba a comer allí?

Don Félix, cuando lo vió, se imaginó que haría pareja con José Antas. Tras una indicación de don Félix, acompañé al hombrecito hasta el buque del sótano para indicarle dónde debía ubicar su canita. El camarata estaba radiante. Quiso comunicarme. —¡Al fin encontré mi piedra!... —¡Oh, claro! —Aquí, añadió, me van a pagar. —Sí, sí... pero pida... pida para comer nada para fumar, pida para cualquier cosa. El, cambiando de tono, me suspiró. —Usted es Italiano. —Yo soy argentino, desgraciadamente. El hombrecito se maravilló, aunque esa palabra era la que oyerá a través de todas las miserias de los talleres por los que había pasado. —Sí, amigo, no me mire. Yo soy un argentino que vive y es tratado peor que un extranjero. Ya verá. Naturalmente que no lo vió. Al mes me dieron un nombramiento que me salvó de una inminente ruina. Obra cien veces repetida de un gran gobernante. José Antas le golpeó el hombro agachándose y le dijo: —Habla don Quijote a Sancho en desmedro: ¿cuántas veces come usted a la semana? —Doce, sin contar el desayuno. —Bueno, váyase haciendo una rebajita.

—Abajo las letras!

POR
FACUNDO LIRA
ILUSTRACION DE IRECHIAN



San José había dejado de ser una placida villa chaqueña, para convertirse en una ciudad de rectas calles pavimentadas, edificios de tres pisos y un tráfico trepidante.

En pocos años se produjo el milagro. Hasta sus ciudadanos parecían cambiados. Vestidos de "palm-beach" y sombreros de paja transitaban de un lado a otro dando grandes zancadas. Dejaban la sensación de estar siempre retrasados. Y no eran pocos los que en su apuro rodaban bajo un automóvil cuyo conductor también apresurado.

Los campanarios de las parroquias se quedaron cortos ante las altas chimeneas que se elevaban por sobre los techos, borroñeando de humo el cielo y de hollín el suelo.

La gente comenzaba a desconcertarse. Eran muy pocas las que dejaban su paso un instante para estrecharse las manos y averiguar sobre sus respectivas suertes.

¡Cuán distintos fués el San José de una década atrás! Una plaza grande sin aspecto de potrero, al rededor de la cual surgían de la tierra polvorienta en estío y fangosa en invierno, un centenar de casas con techos de mohoosas tejas curvas. Entonces los vecinos se pasaban la mañana palcando en las huertas o reparando los cercos derruidos de puro viejos, y las tardes martirizando con sus hostias manos las espaldas de la baraja, en alguna de las cúbicas pulperías con despensa anexa, que constituían el mundo de las finazas de la población.



San José progresó demasiado rápido. Como ocurren todas las cosas en este endiablado siglo XX, en que los hombres sufren de resaca a los cuarenta años y antes de los cincuenta están bajo tierra. Ahora era un centro industrial digno de figurar en los mapas de la nación destacada con un gran punto rodeado de una circunferencia. De sus dos estaciones ferroviarias salían y entraban de continuo largos trenes cargados hasta los topos de mercaderías. El comisario, el cura párroco y el jefe del registro civil, pasaron a ser personajes de segundo orden.

Ocho aserraderos zumbaban día y de noche, vomitando pilas de tabloncitos y travesaños que hacían el orgullo de los sanjoseños. Constituían el quid de la grandiosa de su ciudad. Hasta los vecinos más humildes se mostraban entusiasmados de su prodigiosa producción. Gloriosamente enseñaban las estadísticas a los visitantes. Todos sin excepción, estaban seguros que llegarían a ser ricos.

A la inversa del progreso urbano de San José, los quebrachales que la rodeaban en cambio se estaban quedando malos. Los gigantes árboles desaparecían rápidamente. Las raíces seccionadas sobresalían del suelo como muñones. Cuando algún romántico le mentaba la destrucción, sus convecinianos prácticos le decían: —Es el triunfo de la civilización sobre la barbarie.

En su afán de satisfacer las demandas, los obreros trabajaban como enloquecidos. Sus hachados derribaban árboles y más árboles sin consideración alguna. Troncos viejos y jóvenes se desplomaban estrepitosamente arrastrando en su caída ramas y follajes de los hermanos próximos, que intentaban mantenerlos en pie. Las hachas caían implacables sobre las cortezas. Destroçaban furiosamente las duras fibras. Los gigantes resistían. Pero pronto comenzaban a trillar debilitados. Unos hachazos más y se inclinaban vencidos.

Los quebrachos viejos miraban

con angustia la devastación. Conforme las cuadrillas se aproximaban amenazantes, olvidaban resignados la tragedia del presente para soñar con los lejanos días pasados. La época en que San José era una población sin ambiciones. Oculta a la codicia del mundo civilizado. Entonces sólo acudían al monte los niños y los enamorados. Los primeros a cojer flores silvestres y huevos de aves; los otros a dar rienda suelta a sus instintos y sus esperanzas.

Los mismos hombres que dentro de unos minutos herirían de muerte sus troncos, años atrás les habían erigido en confidentes. Confían a sus cortezas iniciales y juramentos de amor grabados a cuchillo. Ahora en su ansia de más pan para los hijos, revolaban el hacha vertiginosamente tratando de derribar gigantes en el menor tiempo posible. El acero cruzaba el aire como un haz de luz y se incrustaba en la madera haciendo saltar astillas.

Tendidas las moles leñosas, eran atacadas aún con mayor saña. En breve tiempo mutilaban sus ramas y los troncos, asegurados mediante gruesas cadenas a una yunta de bueyes, arrastrábalos hasta alguno de los ocho rugientes aserraderos.

Los exhaustos árboles estaban hartos de sufrir semejante destino. Junto con la sabia, por sus vasos

ahora corría el odio. Envidiaban las espaldas de las matronas tucacas, que ahuyentaban de su lado a todo bicho viviente.

Esto no puede continuar. ¡Tenemos que acabar de una vez con esta población sin ambiciones! —protestó un árbol temprano que un día acababa de ver caer un amigo de muchos años.

—¿Qué hacer? Es nuestro destino. Resignémonos. Dios sabrá por qué nos manda este castigo —respondió un quebracho de gruesa y rugosa corteza.

—¡No! ¡Defendámonos! ¡No seamos cobardes! —gritó el rebelde con furia. Los compañeros jóvenes agitaron sus copas dejando oír un murmullo de aprobación. Los más resueltos sostuvieron al unísono.

—Tiene razón. Defendámonos. Parecían despertar de un largo sueño. Las ramas oñían desesperándose.

El quebracho viejo insistió: —Es preferible morir antes que oponerse a las leyes divinas. Por otra parte ¡qué somos capaces de hacer ante el poder de los hombres?

Por un instante la pregunta dejó desconcertados a todos. Pero el primero no había hablado en vano, como cuadraba a la seriedad de un árbol. Hacía tiempo que meditaba la salvación de sus hermanos. La resistencia contra sus



En los hombres, como en los quebrachos, ondía el odio y la rebeldía.

En los hombres, como en los quebrachos, ondía el odio y la rebeldía.

—Nada.
—¿Qué es nada?
—Nada.
—Estamos en un círculo vicioso, amigo mío. Usted acaba de pronunciar una equivocada verdad. Nada, no es nada. Es algo como un camino sin distancia. Como una recta sin puntos. Eso es Nada. Una velocidad sin marcha. El eco del silencio. La sombra de la luz.

El infinito, absorbido por sí mismo. Es el Espacio que se ha suicidado, arrojándose al espacio.

—Pero, ¿es que Nada, es algo?, preguntó nuevamente el hombre cillo nervioso que tengo sentado frente a mí en ese café de la calle Corrientes.

—Pero, ¿es que Nada es algo?
—¿Cómo! Si Nada no existiera, tampoco existiría su nombre!

—Usted acaba de decirme que Nada es el Espacio, y es el infinito suprimido a sí mismo. ¿Entonces Nada no existe!

—Señor! ¡Nada, existe! Es el resultado, ¿oye bien? es el resultado de la supresión del Espacio y del infinito. Es además el Tiempo, devorador de siglos, que con cada siglo que es un pedazo de tiempo se ha devorado a sí mismo.

—Entonces, si es la anulación



las flores se acentuaba cada vez más, mezclado con ese olor pica de del formol.

A través de las sombras, y tratada de adivinar lo que esa voz del hombrecillo me iba tigueaba los oídos. Era una voz sin eco. Una voz de paredes acedchadas, que moría secamente, si rechasaba.

—¡Vibra! Que vibre, te ordó no!... Mira que te digo aquello. Ah!... ¿Comprendes ahora? Si... si...

Todo esto era superior a mi fuerzas. No era mico lo que o perimentaba, sino un achatamiento morat, una especie de vapor zación lenta pero continua de voluntad y de mi conocimiento.

La escena que no podía ver, ni la imaginaba, con formas oscuras e incoordinadas. Las palabras se cas que estaba oyendo tomaba relieve y rebobaban sobre mí hasta hacerme un daño material.

El monólogo se hacía cada vez más inteligible:

—Si, te percibo. ¿Un silencio viscoso? Vibra!... ¡Tré repitiend lo que digas: "Se hundieron ni ojos en un silencio viscoso". Continúa!... "El silencio se

EL BUSCADOR DE NADA

de dos potencias iguales. Nada no existe!

—¡Existe! ¡Existe, la Nada!... Usted acaba de llamarla con otro nombre. La ha llamado anulación. Y eso es lo que yo voy buscando por el mundo. Una Nada. Dos Nadas. Muchas, muchas Nadas... Y el día que las encuentre he de tener conmigo el secreto de la muerte. ¿Sabe usted lo que es la muerte?

—Es la anulación de la vida.

—Muy bien. Es la Nada de la vida. La Nada más completa. ¿Qué es la vida, sino una nada en actividad? Y la muerte, siendo la Nada de otra Nada, reúne en sí la suma perfección. La muerte, señor, es la más perfecta de las Nadas. ¿Puede decirme usted dónde va la luz cuando la apagamos con una vuelta de llave en nuestra habitación? Es un misterio, ¿no? Bueno. Es el mismo misterio de la vida, que no sabemos dónde va cuando alguien da vuelta en nosotros la llave del eterno silencio.

—¿Qué hará usted cuando haya descubierto el secreto de la muerte?

—Haré lo que han hecho los hombres cuando descubrieron el secreto de la luz. Ellos, no saben donde va cuando la apagan, pero saben lo más importante: Producirla y retenerla. Se imagina usted lo que será tener en sí la virtud de reanimar a voluntad la vida hasta en la más miserable partícula de origen orgánico? Eso es lo que conseguiré cuando posea el secreto de la muerte...

—Sepa usted que hoy he muerto a mi esposa. Ella ha quedado conmigo en que me revelará el secreto de su anulación. Anudé mi voluntad a la de ella y podremos comunicarnos.

Esta noche, señor, voy a conocer el mundo, ha visto. Voy a tener a la Nada entre las manos y desde ese momento seré el dueño de la vida.

No hablé más. Después de mucho andar, llegamos a un barrio humilde. Los primeros cantos de los gallos, zigzagueaban en el aire.

Mi compañero se detuvo.

—Aquí está, — me dijo. Entramos. Era una casa amplia, toda a oscuras. Para recordarla, tuvo que llevarme de la mano a través de las habitaciones.

A nuestro alrededor la sombra era tan densa que hasta parecía dificultarnos los movimientos.

Por fin, nos detuvimos. Yo estaba convertido en un pedazo más de esa máquina de acero que se me antojaba mi acompañante.

Nos detuvimos en una habitación donde se notaba un penetrante olor a flores y a formol.



En los ojos de mi accidental compañero de café, había destellos de ópalos. En ese color trágico, parecían reflejarse las cenizas del mundo. Los párpados estaban enrojecidos casi hasta la carne viva. El frontal, exageradamente abultado hacia a delante, daba sombra a toda la cara. Los pómulos, sobresalientes, eran como dos islotes de luz. La barba se hundía en el pecho.

Después de un largo silencio, durante el cual no había cesado de mirarme, repitió:

—Eso es lo que conseguiré cuando posea el secreto de la muerte...

Y continuó clavándose la mirada. La luz de la lámpara eléctrica le daba verticalmente sobre la cabeza, aumentando la sensación de volumen de la frente. Los pómulos parecían dos ojos misteriosos, sin pupilas, pero inexorablemente en mirar, fría y obstinadamente.

De pronto, en una serie de movimientos rectos, miró el reloj, y volvió a clavarme los ojos. Un rato después, me decía, con voz de orden:

—¡Vamos!

Y salió atropelladamente.

profundo, como las aguas del mar... Vi... Haciendo un gran esfuerzo, pude atravesar con vista el aire, opaco de un silencio viscoso... Y era lo que tú decías.

Vi un horizonte muerto y pesó el espacio... Era lo que tú decías... Los restos del espacio que se suicida arrojándose al espacio... Desde yo misma, desde interior inexistentemente ya, algo había, era mi ex-yo. La memoria que perdura a través de la anulación de pronto ví cómo el espacio abría la boca. El horizonte es la boca del espacio... Abría la boca y se mentaba a absorberse... Se iba se iba... En el fondo de ese silencio viscoso, noté algo gris... Era la ausencia del espacio. Era las cenizas del Cosmos... Era...

Calló un momento. El hombre cillo parecía fatigado de repetir lo que alguien le dictaba como través de un teléfono fantástico. Luego continuó:

—¿Qué? ¿Qué era? Vibra!... Ah!... si... Repito: "Era... una repercusión extraña. Era un ruido que hace el tiempo cuando deglute siglos como si tragara un glo. Es un ruido que no se oye... Y en el fondo, ví la Nada... E un secreto simple... Demanda simple... Serás el dueño de la vida y de la muerte... La tens acá... Puedes recibirla? Tómala!

Un grito agudo, me electricity. El cableado. Súbitamente me senté debilitado de esa tracción violenta que ejercía en mí el hombrecillo

—¿Qué? ¿Qué era? Vibra!... Ah!... si... Repito: "Era... una repercusión extraña. Era un ruido que hace el tiempo cuando deglute siglos como si tragara un glo. Es un ruido que no se oye... Y en el fondo, ví la Nada... E un secreto simple... Demanda simple... Serás el dueño de la vida y de la muerte... La tens acá... Puedes recibirla? Tómala!

Un grito agudo, me electricity. El cableado. Súbitamente me senté debilitado de esa tracción violenta que ejercía en mí el hombrecillo

Repetí mi pregunta: —¿Dónde encontraremos la Nada?

Y él, repitió su respuesta: —¿Aquí está!

—¿Quién?

—Ella...

—¿Por qué no enciende la luz?

—Usted no podría resistir. Además, la voz que escucharé es tan tenue, que la luz podría disolverla. No se mueva. Espereme aquí. No se mueva para nada...

Y me saltó de la mano. Of cómo daba unos cuantos pasos, que sonaron a pisar de alfombras. Luego, un murmullo fue creciendo poco a poco. Era la voz del hombrecillo. Unos ruidos breves, como de algo aguchado que se escurre, me llegaban poco a poco. Of una exclamación y luego una serie de palabras secas e imperativas:

—¿Y? ¿Qué hay? Estoy espantado... Vibra! Vibra!... Vibra, te digo! Si, así, sí... Un poco más. Más!... Así... Así... Ah!

Yo no sabía qué hacer. Mi voluntad se había dormido en tal forma, que no me quedaban fuerzas ni para huir. El perfume de



Quise protestar para desahogarme de ese forzado compromiso, pero noté con sorpresa que mi voz no articulaba nada más que una cadena de interrogantes:

—¿Eh?... ¿Eh?... ¿Eh?...

No tuve más remedio que supeditarme a la voluntad de quien me llevaba. Cuando me leí el día de todo a seguirlo, esto es, cuando anulé en mí todo temor y toda rebeldía, pude recién articular una pregunta:

—¿Dónde encontraremos la Nada?

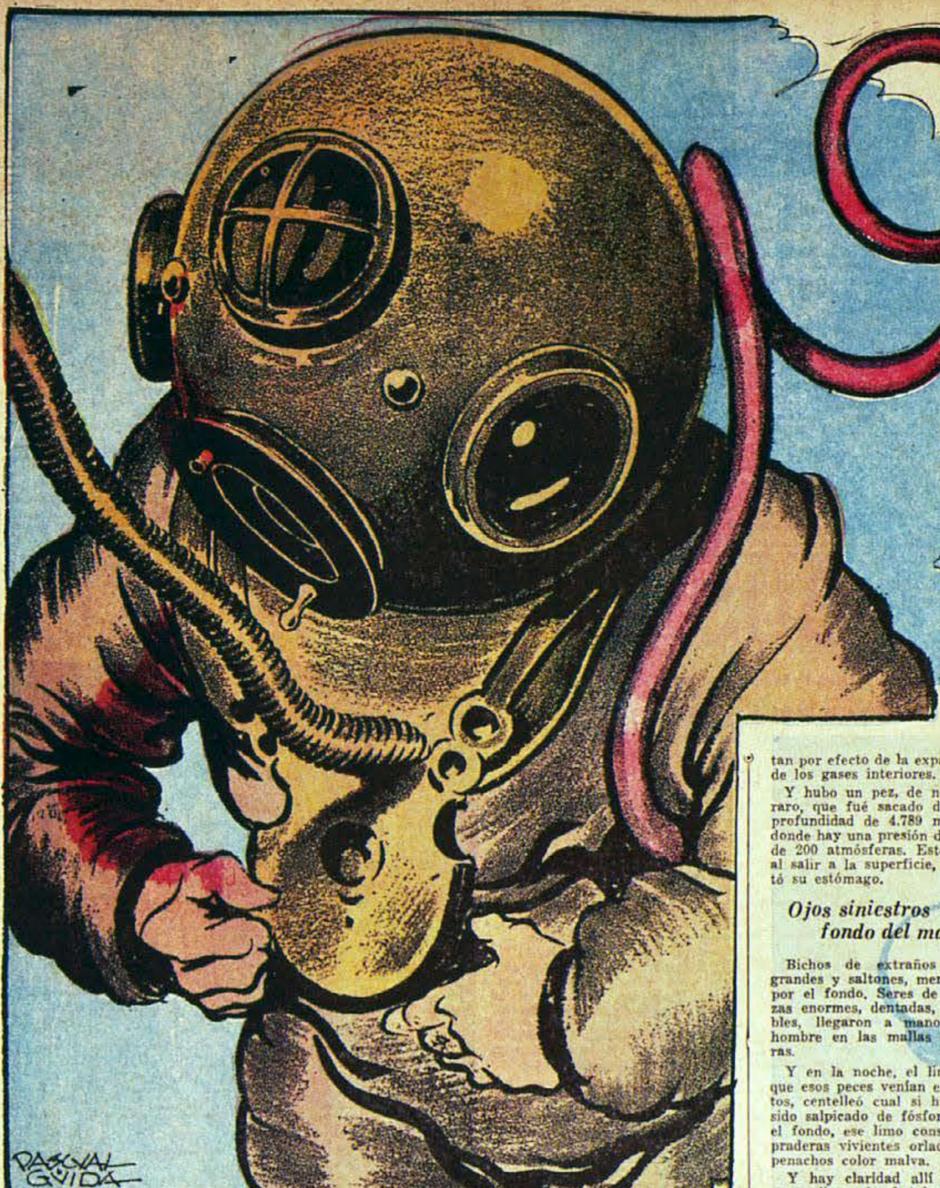
Fué como si le hubiera tocado con la punta eléctrica. Se volvió hacia mí hundíndome su mirada. Sonreía, y sus pómulos se levantaban hasta casi tapar los ojos. Con voz entre sibillante y cavernosa, me dijo:

Un relato sobrenatural. La desesperada aventura del hombre que penetró el misterio sencillo de la muerte, del hombre que estuvo a punto de ser el dueño de la vida y de la muerte, y que lo fue tal vez. Un relato que es imprudente leer de noche.

del café. Desesperado, casi loco de terror, logré escapar, tropezando con las paredes y los muebles de la casa hasta ganar la calle.

Al día siguiente encontraron el cadáver del doctor H. apretado violentamente entre sus manos. Los restos del cerebro de su "esposo" Nadie supo el extraño suceso que ocurrió esa noche... Solamente yo...

El abismo



ESPECIES DEL ABISMO

La tabla que insertamos a continuación, elaborada por los expedicionarios que en el año 1872 investigaron los fondos abisinales desde el "Challenger", da a conocer la proporción en que se encuentran las especies abisinales en relación con las especies de las regiones semisuperficiales del océano.

Número de especies halladas	Profundidad en metros	o/o hallados en tróp.
4.248	0 a 162	0,6
1.887	162 a 810	2
616	810 a 1620	4
493	1.620 a 2430	7
394	2.430 a 3240	9
247	3.240 a 4050	9
153	4.050 en adelante	9

Ferocidad

En la profundidad del mar, las aguas carecen casi por completo de movimiento. Absoluta calma reina en las cercanías del lecho de los océanos. Los alimentos no se presentan entonces solos cerca de las bocazas de los seres, los que se ven obligados a buscarlos el sustento.

El ansia devoradora de los peces submarinos los impide vivir en colonias. La ley de la supervivencia les aleja los unos de los otros y es así como no vemos en las honduras, como se puede ver en los mares continentales, agrupaciones de individuos. Abundan los poliperos solitarios, provistos de un

hecho llegar a la comprobación de que la temperatura oscila entre 7 grados sobre cero y dos grados bajo cero. Esta diferencia de temperatura, que a veces se ha notado en una misma región submarina, se debe a la influencia de las corrientes. Instintivamente, muchos seres de la superficie marina bajan en ciertas épocas a lo fondo, desafiando la enorme presión. Nunca lo hacen — los oceanógrafos lo han probado — cuando la temperatura es baja. Esto permite deducir, lógicamente, que sólo algunas especies pueden vivir en las zonas de frío intenso. También ha quedado demostrado que sólo animales de constitución inferior hallan medios de vida permanentes en estas regiones frías. Muchos de éstos se adaptan a la subsistencia en zonas de la más diversa presión a 10 n, siempre que el grado de frío se conserve estable.

Cuando la época es propicia, llegan a ascender a la superficie, para descender cuando la época cálida eleva la temperatura de las aguas.

EMILIO CONDRÖYER

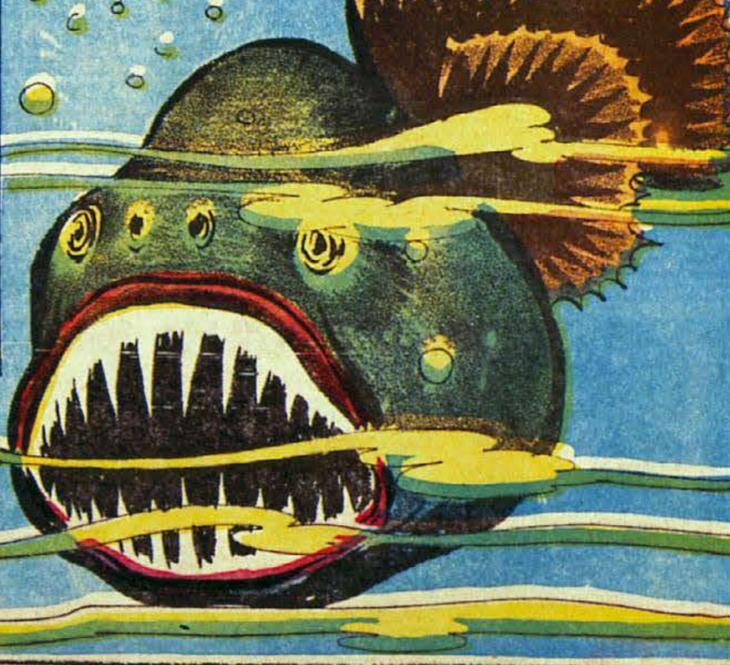
ILUSTRACION DE PASCUAL GÜIDA

Seres incubadores

Hemos visto cómo la lluvia de limo, producto de la erosión que efectúa el mar, cae como velo casi impalpable sobre el fondo abisal y constituye una capa semiblanda, cuya profundidad varía según los casos. Los animales sedentarios del fondo del océano tienen — ya lo hemos señalado — un largo pedúnculo mediante el cual se fijan a ese limo, enterrándolo en la capa semiseditaria que hace de ellos seres "veladores", "incubadores". No pueden alzarse para alzar sus buceos o sus pequeñas: la capa fangosa los absorbería. Entonces, con verdadero instinto maternal, los tienen consigo hasta que puedan bastarse a sí mismos. Una especie lleva a los animalillos en unas bolsas especiales de sus espaldas, otra los lleva encaramados en sus antenas.

Bajo cero en el fondo

¿Hace frío o calor en el fondo? He aquí un punto que fué motivo de largas polémicas entre los investigadores. Los sondeos realizados con termómetros especiales han



La ciencia busca

La curiosidad del lector lo llevará a querer saber cómo se llegó a averiguar, por primera vez, de que existía vida en el fondo de los océanos. Fué el sabio Milne Edwards quien echó por tierra la absurda creencia de que la vida submarina no se extendía más allá de los 450 metros de profundidad. En base a qué pudo afirmar, casi rotundamente, que en el fondo de las mareas palpaba la vida? Observó simplemente el cable submarino que ponía en comunicación a Cerdeña con Argelia. Este cable había estado sumergido a una profundidad de dos mil a dos mil ochocientos metros. Y adheridos a él habían varias especies de moluscos y pólipos de una conformación especial.

Expediciones abisales

La afirmación de Edwards puso en conmoción a los hombres de ciencia y, desde 1868 en adelante, se organizaron expediciones submarinas que pusieron ante el ojo del hombre las maravillas que ocultan las aguas en su seno profundo. En 1868 fué la del vapor "Lightning". Un año después la del "Proserpine". Cuatro años, desde 1872 al '76, el "Challenger" realizó trabajos de sondeo e investigación que sirvieron para revelar cuán múltiple y bella era la vida abisal. De 1880 al 81 trabajó el "Travailleur". En 1883 una comisión de sabios fué a bordo del "Talisman". Y el Príncipe de Mónaco, uno de los hombres que con más fervor hizo estudios oceanográficos, botó el yatch "Princesse Alice", con el que realizó estudios en el Mediterráneo en el año 1883.

A estas siguieron las exploraciones del "Valdivia", el "Albatros", el "Siboga" y por último, el "Antartic", en 1904. Actualmente, perfeccionados los elementos, contando con la electricidad y la química, las búsquedas abisales están en pleno florecimiento.

Violando los secretos de Neptuno

Pero los fondos siguen guardando sus secretos. Muchos son los misterios que encierran las aguas de soledades inabitaes, sobre cuyo silencio y en cuyas sombras eternas, siglos y siglos han acumulado sus misterios. La ciencia trata de revelarlos.

La tarea no es fácil. Y los hombres podrán, durante mucho tiempo todavía, escapar sus quimeras, sus misterios, sus demonios, mientras el viento ulula y el mar muere de la tierra con su boca orlada de una hilera de dientes transparentes: las olas.

Felices los buzos y los ahogados que, como en el poezos que descienden a espiar los misterios abisinales.

Soledad en las aguas

Y hemos llegado hasta los siete mil metros de hondura. Más abajo los brazos mecánicos del hombre no han atrápado nada. ¿Es que no existe vida en esa profundidad? Antes de llegar a ella se ha notado que la mayor parte de las especies animales eran de talla mediana, tendiente a engrosarse a medida que se descendía. Puede muy bien ser que, a los siete mil metros, la pequeñez de las redes rastreadoras haya impedido capturar a las especies gigantes de esos fondos. Y el hecho de que no se haya capturado ningún animal no es prueba de que no existan.

Fuegos de artificio

Volvamos a nuestro oasis luminoso del fondo del océano. Fuegos de artificio están en su núcleo viviente para ir a despararmarse en la oscuridad verdadera del ambiente.

¿Cuál es el objeto de esas claridades submarinas? No son para ver, por cuanto los animales de las profundidades más se guían, se desplazan, se mueven, acuden y huyen atendiendo a las vibraciones que perciben a su alrededor que a su vista. Puede ser que el objeto de esas iluminaciones sea el de atraer a las presas. Pero la ciencia no se atreve a afirmar esto.

Y tampoco sabe la ciencia por qué la naturaleza dotó a los peces submarinos de las regiones cálidas de esos colores brillantes, de esos carmines, lapislázuli, de esos velos azules, de esos rojo fuego que, al levantarse a una menor profundidad, se oscurecen y marchitan.

¿Cuál es el porqué de todo esto? El mar sigue guardando celosamente el misterio.

★ Anochece. El brazo dragador surge sosteniendo la red ávidamente esperada. Arroja, de palpitaciones. Todo está se recubre de luz, de vida, de apititaciones. Todo centellea en derredor. Ramas de poliperos, estrellas de mar, granos luminosos aparecen tal cantidad de claridad en su alrededor, que hasta puede leerse un escrito.

Y esas luces se mueven, giran, se apagan, vuelven a brillar y por fin terminan por dormirse para siempre.

Vemos algunos de esos bichos luminosos. Los hay que tienen enormes ojos fosforescentes y siete especies de diferentes órganos brillantes distribuidos en distintas partes del cuerpo.

Otros, como los gatos, tienen la propiedad de retener la más débil cantidad de luz y proyectarla como si fueran faros.

Ahí va uno que tiene en el dorso una raya de neón que titilla. Pasan dos señales luminosas: la una verde claro y amarilla; la otra, están plateadas, fijas, sobre una cabeza inconcebiblemente fea.

Y cuando los animales son de mayores profundidades aún, de tres mil metros, por ejemplo, presentan órganos luminosos despararmados por todo el cuerpo.

tan por efecto de la expansión de los gases interiores.

Y hubo un pez, de nombre raro, que fué sacado de una profundidad de 4.789 metros, donde hay una presión de más de 200 atmósferas. Este pez, al salir a la superficie, vomitó su estómago.

Ojos siniestros en el fondo del mar

Bichos de extraños ojos, grandes y saltones, merodean por el fondo. Seres de bocazas enormes, dentadas, horribles, llegaron a manos del hombre en las mallas barreras.

Y en la noche, el limo en que esos peces venían envueltos, centelleó cual si hubiera sido salpicado de fósforo. En el fondo, ese limo constituye praderas vivientes orladas de penachos color malva.

Y hay claridad allí donde nunca llega el sol. A la ausencia de luz los animales responden con modificaciones en sus órganos de visión. La oscuridad aumenta la magnitud y la sensibilidad del órgano visual. El ojo de ciertos animales abisales tiene algo de diabólico o de fantasmagórico. Le sirve para captar el más mínimo espectro del rayo solar que pueda infiltrarse hasta su mundo o para seguir la trayectoria de sus semejantes a los que la naturaleza dotó de la facultad de brillar en mil fosforescencias.

Reflejos rubi hay en los ojos que rasgan la noche luminosa del abismo.

Asamblea de bichos

¿Bloques de ópalo? No. Son pulpos gigantes. Miden diez y seis metros de largo.

Aquí, estrellas de mar, planas, de una transparencia difusa de esmeralda.

Allá, esponjas entretejidas, balanceándose suavemente del extremo de sus tallos translúcidos como hilos de vidrio. Semejan redoncillos de cristal.

Es un oasis de claridad en torno al cual se remonta el desierto de las tinieblas.

Miríadas de crustáceos, de calamares, de medusas, de peces de color bronceado, rompen la nube negra, oscilan, se remontan, bajan y desaparecen en el pozo luminoso de alguna bestia ávida que lanza por sus ojos y por su hocico claridades fatales para su presa.

Elegantes, florecidos, ligeros como largos tallos flotantes de muquet, marchan los sifonóforos. Los velos de sus largas cabelleras les dan la apariencia de brujas o espectros.

Peces dragones, mostrando en vez de ojos dos ventanas, terroríficas, marchan errantes.

Extrañas anguilas, de una transparencia de cuarzo, miran fijas a través de un globo centelleante que tienen en el centro de su cuerpo, de ese cuerpo prolongado en forma de puero por tentáculos fosforescentes.

Y aquí tenemos a los peces telescopio, de cuerpo sinuoso, de ojos desorbitados colocados cual señales luminosas de un navío en el borde de sus antenas.

Pasan serpientes tan chatas, que su aleta dorsal, ininterrumpida y acorada, les da la apariencia de una siera flexible. Y la cabeza, de

HACIA EL PROFUNDO MISTERIO

La ciencia pone freno a la imaginación. Durante siglos la mente del hombre dió forma y color a lo que sus ojos no veían. Con poder de Dios supo su mano trazar las grotescas figuras de las quimeras, de los animales satánicos que hendían los aires en las noches de tormenta, de los monstruos que escupía el mar después de las tempestades devoradoras. En las noches, cuando el viento torcía los troncos de los árboles, agitaba el esqueleto de los molinos, sacudía las techumbres, la imagen demoníaca surgía ante su vista. Y después venía el relato fantástico que, al rodar de boca en boca, adquiría visos de verosimilitud. Siempre, siempre que la imaginación humana buscó un ser grotesco, malo, insaciable, brutal, lo halló junto a las aguas, brotando de entre las olas enfurecidas. Y es porque nunca pudo el hombre hurgar en el fondo del mar como sondó con su mirada en las honduras de la tierra y en el horizonte sin fin de los ciclos. Y durante siglos siguió inventando quimeras, y peces fabulosos, y sirenas, y pulpos de centenares de tentáculos dispuestos a apresar hombres, aldeas, ciudades, mundos. Pero, vino la ciencia y ¡stop! Caballero solitario de las aguas, el buzo

holló con su paso pesado, lento, paso de paquidermo, las profundidades de las aguas. Cilindro de acero hermético, tanque científico, la escafandra llevó al hombre más abajo, más al fondo, en busca de vida, dispuesto a rasgar el misterio.

Cables terminados en garfios presntiles, canastas barreras, cucharas abisinales trajeron de las profundidades sólo imaginables, animales, vida, naturaleza, que el hombre esperaba ávidamente en la superficie, a bordo de un velero oceanográfico. Y la magia surgió a la luz y con la luz murió. Porque en el fondo submarino, allá abajo, la vida tenía color, suavidad. El color se esfumaba, la suavidad se arrugaba al contacto con el oxígeno, cual si el aire hiciera envejecer y morir a los habitantes del mundo del agua profunda.

Quién ha bajado una sola vez al fondo submarino queda embujado para siempre. Cedamos al embujo y descendamos una vez más. Lo que nuestros ojos vieron ha sido una sinfonía de color y de belleza o un anelare demoníaco.

Paraíso o infierno, obra es de la naturaleza y ojos del hombre lo han hollado para contárselo.

DESDE los cuatro metros, océano abajo, se ve aún la panza de la embarcación. Semeja una enorme ballena mansa frenada en el centro de la mole de agua.

La luz, cayendo a pico en la profundidad, dibuja un paralelepípedo en derredor. El buzo maniobra, alarga un brazo, después otro. Escruta.

Un cable se desprende y cae con velocidad de rayo, describiendo un zig zag negro. En su extremo, tres garfios de acero se abren amenazadores. El hombre de la armadura se endereza, se coloca casi horizontal, y mira. Los garfios se han perdido en las honduras y pronto volverán a aparecer do ríquezas para la ciencia.

Y el buzo, será el primero en verlas, en palparlas en su semiambiente.

Asciende una palanquilla cargada de luz que se mueve, palpita, que tiene vida. Y pasa por frente al casco, iluminándolo de luz verdosa...

El triunfo de la noche

Estamos lejos del fondo continental, más allá del paisaje de rocas y relieves. El ojo del hombre trata de entrar en los fondos submarinos envueltos en el polvo impalpable que desciende de la superficie, producto de todo lo que el mar tritura, fricciona, a lo largo de los siglos y de las costas.

Agua y más agua. Al Sur, al Norte, Este y Oeste. El precipicio se hunde, suave o brutal. La pendiente se inclina para caer en los abismos donde triunfa la noche. Kilómetros hacia abajo.

Pendientes monótonas, recubiertas de limo pegajoso, desiertas, de una soledad eterna que sólo bestias cual plantas rompen para darle paisaje. Arcilla, limo, detritus de

organismos minúsculos constituyen el pavimento.

Y allí, hasta los dos mil metros, sólo la vida animal tiene solución de continuidad.

Las plantas, ávidas de luz celeste, murieron para siempre.

Desierto y opaco está el fondo. De pronto un color y más tarde otro. El limo — veinte mil granos en un milímetro cúbico — es ahora gris, minutos después pardo, luego verdoso y por fin rojo lacre.

El microscopio nos revela la verdad: son algas microscópicas que a la luz reflejan mil tonalidades y mil fosforescencias. Dos mil metros: reino de los peces voraces, dominio de los que se comen los unos a los otros para la subsistencia.

Cinco mil metros. Paisaje regular. Limo, barro, seres monstruosos.

Los cables siguen bajando. ¡Alto!

Una grieta monstruosa se abre sobre centenares de kilómetros. Boca monstruosa, cráter, foco cuyo fondo rara vez ha sido alcanzado por los sondadores. Tajo en el lecho del océano. Cicatriz que se des-

ploma ocho o diez mil metros en las honduras.

El estómago en la boca

Presión monstruosa la de las aguas a esas profundidades. Tanta, que los hombres nunca creyeron que existiera vida alguna en ese reino de la noche inexcrutable.

Pero estaban equivocados. La ciencia horadó el fondo y sacó seres vivientes y las placas fotográficas demostraron que había luz, claridad misteriosa, en el dominio abisal.

A mil metros de presión de las aguas se eleva hasta lo espantoso: 10.850 kilogramos por decímetro cuadrado.

¿Cómo puede animal alguno resistir ese peso? La naturaleza les ha dado la solución. Se presentan saturados de agua, cual si fueran gelatinas; gases, extraños rellenan los tejidos y se amontonan entre las moléculas de agua para contrarrestar la presión exterior.

La palanquilla saca a la superficie a estos seres; pero la diferencia de presión los ultima, los aniquila. Los tejidos se rasgan, los órganos revien-

Cómo el Leopardo Logró sus Manchas

(CUENTO PARA NIÑOS)

Y Etiopio dijo: —Esto está todo muy bien, pero deseo saber hacia qué distritos emigró la fauna aborigen.

Entonces dijo Babuino: —La fauna aborigen se reunió con la flora aborigen, pues ya era tiempo de cambiar, y mi consejo es que tú cambies también, en cuanto puedas.

Eso intrigó al Leopardo y al Etiopio, pero lo mismo se pusieron en marcha buscando la flora aborigen, y más tarde, después de tantos días, vieron una gran selva, alta, elevada, gigante, llena de troncos de árboles, todos con exclusivas sombras, en manchas, borrones, punteos, salpicaduras, desgarres y hacheadas y contrahacheadas y con otras más sombras y contrasombras. (Di esto en voz alta y rápido y verás que muy umbrosa debía de ser la selva).

—¿Y qué es esto — dijo Leopardo, — tan exclusivamente obscuro y aun así tan lleno de trocitos de luz?

—No sé — dijo Etiopio, — pero debería ser la flora aborigen. Olfateo Jirafa, oigo Jirafa, pero no veo Jirafa.

—Es curioso — dijo Leopardo, — supongo que es porque venimos del solazo. Olfateo Zebra, oigo Zebra, pero no veo Zebra.

—Espera un poco — dijo Etiopio, — hace tanto tiempo que no cazamos que quizás olvidemos cómo eran.

—¡Bah! — dijo Leopardo, — los recuerdo a la perfección en la Estepa alta y en especial el caracú. Jirafa es de unos cinco metros de altura, de un exclusivo flavo dorado de pies a cabeza; y Zebra es más o menos de un metro y medio de alto, de un

exclusivo flavo grisáceo de pies a cabeza.

—¡Hum! — dijo Etiopio, mirando las sombras en manchas mochas de la selva flora aborigen, — entonces deberían resaltar en esta umbría como bananas maduras en cocina llena de hollín.

—Pero no resaltaban. Leopardo y Etiopio estuvieron de caza a todo el día; y aunque podían olfatear y oír las presas, nunca las veían.

—Por favor, — dijo Leopardo a la hora del té, — esperemos hasta que sea obscuro. Esta caza a la luz del día es un perfecto escándalo.

—Así que esperaron hasta la noche, y entonces Leopardo oyó builar en la luz astral que caía en largas rayas a través del ramaje, y saltó hacia el ruido, que oía a Zebra, y se sentía como Zebra al tacto, y cuando lo derribó pateó como Zebra, pero él no podía verla. Así es que le dijo:

—Estáte quieta, oh tú persona sin forma ninguna. Me quedaré sentado en tu cabeza hasta la mañana, pues hay algo en tí que no entiendo.

Luego oyó un gruñido y un crujido y un revolcarse. Y el Etiopio llamó: —¡Cacé aquí algo que no pue-

do ver. Huele a Jirafa, y patalea como Jirafa, pero no tiene forma ninguna.

—No te descuides — dijo el Leopardo. Siéntate en su cabeza hasta la mañana, como yo. No tienen forma ninguna, ninguno de ellos.

Así es que se quedaron teaznamente sentados en eso hasta la brillante mañana y entonces Leopardo dijo:

—¿Qué tienes tú en tu lado de mesa, hermano?

Etiopio se rascó la cabeza y dijo:

—Debería ser esto un exclusivo flavo dorado de pies a cabeza y debería ser Jirafa; pero está todo cubierto de borrones castaños. ¿Qué tienes tú en tu lado de mesa, hermano?

Y Leopardo se rascó la cabeza y dijo:

—Debería ser esto un exclusivo flavo grisáceo de pies a cabeza y debería ser Zebra; pero está todo cubierto de rayas negras y púrpuras. ¿Qué diablos has hecho de tí misma, Zebra? ¿No piensas que si estuvieras en la Estepa alta yo te vería a tres leguas? No tienes forma ninguna.

—Sí, sí — dijo Zebra, — pero no es la Estepa alta eso. ¿No te das cuenta?

POR

RUDYARD KIPLING

ILUSTRACION DEL AUTOR

—Ahora sí, — dijo Leopardo. Pero todo ayer no lo podía ver. ¿Cómo se hace eso?

—Levantémonos, — dijo Zebra y os mostraremos.

Dejaron que Zebra y Jirafa se levantaran y Zebra fue hasta unos arbustos espinosos, en donde el sol caía todo a rayas, y Jirafa fue hasta unos árboles más bien altos, donde las sombras caían en borrones.

—Ahora, observad, — dijeron Zebra y Jirafa. Así es como se hace. ¿Uno, dos, tres! ¿Y dónde está el almuerzo?

Leopardo fijó la vista y Etiopio también, pero no vieron sino sombras a rayas y sombras a borrones en la selva y ni señal de Zebra y Jirafa. Se habían metido y escondido en la sombreada selva.

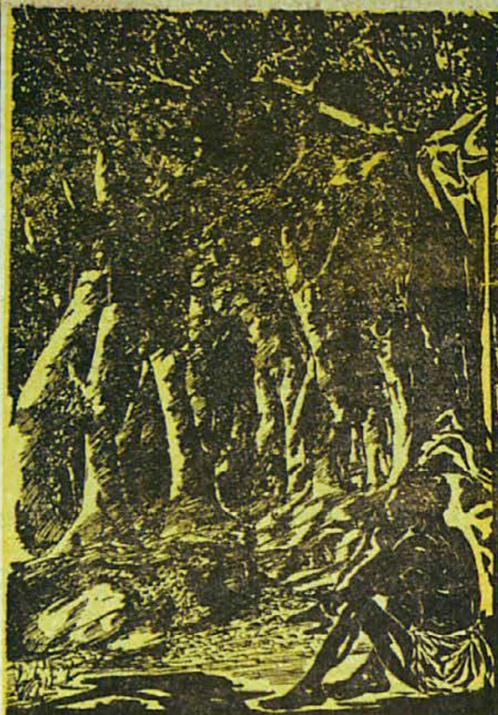
—¡Ji, ji! — dijo Etiopio. Esta es treta que vale la pena aprender. Una lección para tí, Leopardo. Se te ve en esta umbría como barra de jabón en tacho de carbón.

—¡Jo, jo! — dijo Leopardo. ¿Te sorprenderá saber que se te ve en esta umbría como a sinapsismo en vaca negra?

—Bueno, con insultos no se atrapa la cena, — dijo Etiopio. El asunto es que no correspondemos a nuestro ambiente en el color. Seguiré el consejo de Babuino. Me dijo que yo debería cambiar; y como no tengo nada que cambiar, salvo mi piel, voy a cambiarla.

—¿Cambiarla en qué? — dijo Leopardo, excitadísimo.

—En un buen color sufrido, negrozco, parduzco, con algo de púrpura y toques de azul pizarra. Será lo mejor para esconderse en huecos y tras los árboles.



Este es el dibujo de Leopardo y Etiopio, después de seguir el consejo de Babuino y que Leopardo entró en otros círculos y Etiopio cambió. Etiopio era en realidad un negro, así su nombre era Sambo. Leopardo fue llamado Manchas, y le quedó el nombre. Están de caza en la selva de muchas manchas mochas, y buscan a Uno-dos-tres (¿dónde está el almuerzo?), a quién podría ver no lejos, comiendo hojas de un árbol. Don uno-dos-tres se siente seguro en el dibujo entre tantas sombras.

Así cambió su piel, entonces y allí, y Leopardo se excitó más que nunca; no había visto nunca que un hombre cambiara su piel.

—Pero yo entonces? — dijo Etiopio. Dejó de entrar a otros círculos.

—Sigue también el consejo de Babuino. Te dijo de entrar a otros círculos.

—Y lo hice así, — dijo Leopardo. Dejé los círculos que frecuentaba antes y entré en otros, tan veloz como pude. Vine contigo aquí, que es muy otro círculo y mucho bien que me hizo ya.

—¡Oh! — dijo Etiopio. Babuino no quiso decir círculos sociales en Sud Africa. Quiso decir círculos en tu piel.

—¿Para qué sirve eso? — dijo Leopardo.

—Piensa en Jirafa, — dijo Etiopio. O si prefieres rayas en Zebra. Las manchas y las rayas les dan perfecta satisfacción.

—¡Hum! — dijo Leopardo. No quería parecerme a Zebra, al menos no siempre.

—Bueno, decídetelo, — dijo Etiopio, — porque yo desearía ir de caza sin tí, pero tendré que hacerlo si insistes en parecer un pirasol sobre cerco al quitranado.

—No quería parecerme a Jirafa. Me decidí por círculos, entonces. Pero no me los haga demasiado grandes, vulgares.

—Te los haré con las puntas de los dedos, — dijo Etiopio. Todavía me queda negro de sobra en mi piel. ¡Date vuelta!

Entonces juntó sus cinco dedos (todavía sobraba negro en su nueva piel) y los imprimió doquiera sobre la piel de Leopardo y por donde tocaron los cinco dedos dejaron cinco manchas negras en círculo. Las puedes ver en cualquier piel de Leopardo, queridísimo. A veces los dedos resbalaban y las manchas se borrotaban algo; pero si miras de cerca cualquier Leopardo ahora, verás que hay siempre cinco manchas en círculo, por cinco yemas de dedos gordos negros.

—¡Ahora eres belleza! — dijo Etiopio. Puedes yacer en suelo desnudo y parecer un montón de guijos. Puedes yacer en roca pelada y parecer pudinga. Puedes yacer en rama frondosa y parecer sol a través del follaje y puedes yacer a través de una senda y no parecer nada de particular. ¡Piensa en esto y haz rrrr!

—Pero si soy todo esto — dijo Leopardo, — ¿por qué no te circuleste tú también?

—¡Oh! el negro liso es lo mejor para un negro, — dijo Etiopio. Ahora vamos y veremos si nos desquitamos de don Uno, dos tres; ¿dónde está el almuerzo?

Así se fueron y vivieron felices siempre después, queridísimo. Eso es todo.

¡Oh! A veces oírás a las personas grandes decir:

—¿Puede el negro cambiar su piel o el Leopardo sus manchas?

No creo que ni las personas grandes sepan diciendo tal tontería si el Leopardo y Etiopio no lo hubieran hecho una vez. Pero no lo harán más, queridísimo. Están bien contentos como están.



Este es el sabio Babuino, que es el más sabio animal de toda Sur Africa. Lo dibujé de una estatua que hice de mi propia idea, y escribí su nombre en su espalda, en su cinto y en la cosa en que se sienta, con letras que no se llaman cónicas y jeroglíficas y uniformes y cinguladas y hebríticas, todo porque es un sabio. No es bello, pero muy sabio, y yo quería pintarlo con colores de caja de pintura, pero no me permiten. La cosa paraguande en su cabeza es su melena convencional.

ALLA por los días en que todos empezaban sus cosas en buena ley, queridísimo, el Leopardo vivía en un lugar llamado Estepa alta. Recordad que no era en Estepa baja, ni en Estepa matosa, ni en Estepa salina, pero en la exclusiva Estepa alta, desnuda, cálida, brillante, donde había arena y rocas color arena y exclusivamente yuyos flavos. La Jirafa y la Zebra y el gran Antilope y el Kudú y el Bubal vivían allí y eran de color flavo exclusivo; pero el Leopardo era de más exclusivo flavo que todos ellos, una especie de bestia gatuna gris amarillenta, que en color se acompañaba pelo a pelo a lo flavo de la Estepa. Esto resultaba pésimo para Jirafa y Zebra y los otros, pues él podía yacer al lado de una piedra o yuyo de exclusivo flavo y cuando Jirafa o Zebra o el Chivo salvaje pasaban cerca los asustaba hacia muy fuera de sus salarinas vidas. Y lo hacía, por cierto! Y, también, había un Etiopio con arco y flechas (que entonces era todavía de un flavo exclusivo), que vivía en la Estepa alta con el Leopardo y los dos solían cazar juntos — el Etiopio con su arco y flechas, el Leopardo exclusivamente con sus garras y dientes, — hasta que Jirafa y gran Antilope y Kudú y Zebra y todos los otros no sabían ya hacia qué lado saltar, queridísimo. ¡No sabían, por cierto!

Después de mucho tiempo — se vivía tanto tiempo en aquellos días! — aprendieron cómo evitar cualquier cosa que se pareciera a un Leopardo o a un Etiopio; y de uno a uno — la Jirafa empezó, pues tenía las patas más largas, — se fueron de la Estepa alta. Galopaban días y días hasta llegar a una gran selva, exclusivamente llena de árboles y maleza y de sombras de rayas, en manchas, en parches y en borrones, y allí se ocultaban; y después de otro mucho tiempo, entre quedarse mitad en luz, mitad en sombra, y las sombras resbalosas de los árboles encima, Jirafa se puso toda manchada, y Zebra toda rayada, y gran Antilope y Kudú se obscurecieron, con ondas grises en el lomo, como corteza de árbol; y así, aun cuando se podía oírlos y oírlos, rara vez se veían, y aun esto sólo sabiendo a dónde mirar. Así hacían muy buena vida en las exclusivas manchas mochas de sombra de selva, mientras Leopardo y Etiopio corrteaban por la Estepa alta de exclusivo flavo, lejos, cavilando a dónde se habrían ido todos sus almuerzos y cenas y lanches. Al fin hambreadaban tanto que tuvieron que comer ratas y escarabajos y conejos de roca, y entonces les vino el gran dolor de panza, a los dos juntos, y fue entonces que se encontraron con Babuino el mono ladrador, testa de pedro, que es el más sabio animal de toda Sud Africa, por cierto.

Dijo Leopardo a Babuino (y era un día muy caluroso): —¿A dónde se fué toda la caza?

Y Babuino guiñó. El sabio. Dijo Etiopio a Babuino:

—¿Puedes decirme cuál es el hábitat presente de la fauna aborigen? (Esto quiere decir lo mismo, pero el Etiopio siempre hablaba en difícil. Era una persona grande).

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks

ESTE DEBE SER UN MENSAJE DE LOS CONQUISTADORES DEL ORO.

DENTRO DE UNA BOTELLA ES LA FORMA CLASICA.

A LO MEJOR HAY UN TESTAMENTO DE PIRATA.

NI SIQUIERA ESO; TIENE UNA ETIQUETA COMERCIAL Y NADA MAS.

QUIERO SER UTIL A LA SOCIEDAD. "LA VIDA DE LAS ABEJAS" DE MAETTERLINCK, ME HA CONMOVIDO

¡PUM!

¿MIRA, TIA, ¿VES ESTE JARRON NUEVITO? PUES SIN QUE CIERRES LOS OJOS LO VERAS TRANSFORMADO EN PEDAZOS.

ES LO QUE ME PASO CON SU HERMANO SIAMES.

¡PUM!

LA PIPA VOLADORA

¿EH, CHE, MOZAMBIQUE AQUI HAY ESTO PARA VOS.

ES LA PRIMERA CARTA ESCRITA A MAQUINA QUE LLEGA A ESTE RINCON DEL CAOS.

HUM! UN AVISO DE LAS OBRAS DE SALUBRIDAD.

ENTONCES DEBE SER PARA LAS BARBAS DEL RIO.

LA ENFERMEDAD DE LA SALUD

POD J. EDUARDO ROMERO
Ilustración de Sorazábal

El día anterior en seis al de hoy, fué su 25 de mayo y el posterior en cinco al anterior en seis — murió ayer — su 9 de julio. Dos metrópolis, perdiendo su colonia: el reloj y el almanaque. Parejamente con estar averiguando el total de una suma de 85 sumandos, sintió un dolor que se lo imaginó como una hoja flexible y puantiaguada, en trance de cribarle la espalda.

Chillaba el teléfono; llovían "pedidos"; la gente se agolpaba a la ventanilla. El gerente, desparovido, acudía al llamado del patrón; éste, furioso, no quería nada con el gerente. Lo había llamado a él — a Lázaro — y Lázaro, no le hacía caso. El teléfono del patrón, la gente, todo el mundo quería hablar con Lázaro y todos, vanamente.

— ¡Dígale que lo voy a echar! — vociferó el patrón rojo de rabia.

Cuando de cuanto le solicitaba, sin importarle nada de nada, con una voluntad de multimillonario, así estaba Lázaro. Había perdido el conocimiento sobre su pupitre. Lo llevaron a su casa. Eran las 15 de un lunes. La hora, era de oficina; el día, era hábil. Pero, ya es lo dije ese fué su 25 de mayo...

No se levantó al otro día, ni al siguiente. Aunque no hacía más que dos días que estaba enfermo, vio con tranquilos ojos, todo un almáximo de frascos sobre la mesilla de luz. Bien se sabía que antes de abandonar la vida, tendría que salvar esa empalizada de vidrio, atestadora del afán médico-farmacéutico para inmortalizarse. Encogido en la cama dióse a pensar, consumido por la fiebre. La noción de la índole de su enfermedad; la posibilidad de su cura y finalmente, la certeza de su muerte, se le organizaron por razonamiento.

— Hasta este momento — pensó — he sido un hombre sano. No fui como esos otros vivos a los cuales, periódicamente, los atrapa una dolencia que les obliga a guardar cama días, semanas y hasta meses enteros. Pero — ¡y qué coincidencia! — esos vivos, tienen la prerrogativa de una ausencia tal de compromisos, como yo estuve sobrecargado de ellos. Por otra parte, — segunda coincidencia — esos vivos llevan una vida distinta a la mía tan acompañada y tan rutinaria. He descubierto — lo noto — dos casualidades; pero la casualidad, no puede erigirse en sistema. Venamos entonces si halla una explicación para mi consumo aunque para ello, tenga que poner a contribución mis conocimientos de cuarto grado y mi analfabetismo científico:

— La enfermedad — sospecho — puede originarse por la intrusión en el organismo de determinados microbios. Sospecho también, que entre el futuro paciente y el microbio, futuro huésped de su organismo, debe existir una estrecha afinidad o vinculación. Ejemplo:

— ¿Qué es lo que teme la mujer del pescador?

— Que al zozobrar la barca el marido se ahogue.

Y me pregunto:

— ¿Se eligió éste, el microbio mortífero para su vida?

— De ninguna manera. El pescador iba mar adentro, impelido por el microbio de la necesidad.

— ¿Lo mató entonces, este último, al menos indirectamente?

— Tampoco. La necesidad lo impulsó al mar para trabajar; no para morir. El trabajo, era su vida; luego la necesidad, lo hacía vivir. Y finalmente la rápida enfermedad de que murió, era razonable. No podía haber muerto de otra manera.

Dedujo Lázaro:

— Ahora sí que no creo que esos vivos en quienes antes pensé y cuyas enfermedades son tan largas, les sobrevengan, así, por casualidad. Nada tienen que hacer a cualquier parte pueden ir, sin fijarse en días, ni en horas, esos vivos llevan en sí, ya mismo, el microbio de la libertad. Esto hace — y me lo repito para no equivocarme — que pueden ir a cualquier parte. Si sobre una barca de pescador, existe el microbio del peligro, en "cualquier parte", ¿qué microbios prevalecerán? Francamente, no lo sé. Pero, al ir estos vivos a "cualquier parte" van ejercitando justamente el poderío que les confiere el microbio de la libertad. Derivo entonces, que esos vivos pignoran su salud al microbio que les es placentero, ya que no han tenido que ir "allí", necesariamente... O si esto fuera absurdo, que a su vez, los microbios, se eligen el paciente...

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

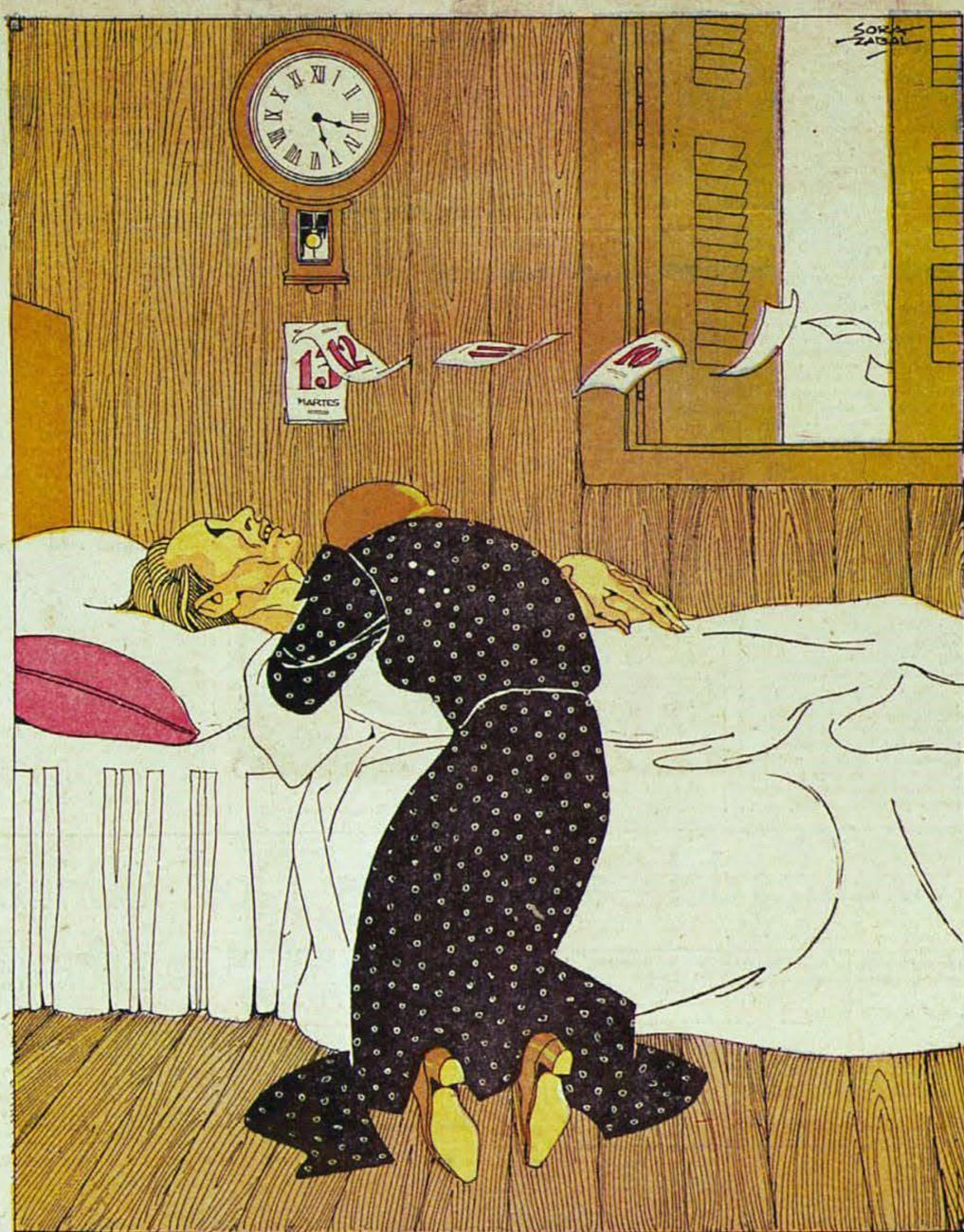
—

—

—

—

—



— ¿Loca yo? ¿Yo, loca? La víctima de mil verdugos, la engañada con embelezadura, loca a la postre: ¿Todavía loca? ¿Ropas son éstas? ¿Comida es ésta? ¿Acomodadas están estas piltrafas y estos desechos con la vida que hago? ¿Este es el líquido producto de mis afebrados trajes y de mi apresurado vivir pendiente de cada hoja del almanaque y colgado de las manecillas del reloj? Hacedme el favor de apartaros de mi camino. Así cual me veis — ¡desnuda! — he de partir puertas afuera y calles abajo...

— ¡No! Aprehenderán por escandalosa. — contestó mi Razón.

— Novedad traeré mi tránsito, no lo dudó; pero en caso de que me acozcase lo previsto por vos, me bastará de pie, en el cruce de los calles, explicarme de esta manera:

Visto por vuestros ojos como traigo de desnuda mi estatura, se os habrá ocurrido en que pueda haberme fugado de algún hospicio. Pero no. Puede, que os irrité mi desnudez y eso que yo la sufrís, pues a mí me saca de quicio, porque la sufro. Cumplo los son hoy los 10 años cabales de mis continuos trabajos, soterrada en el

quincuagésimo piso de una oficina. Y sin embargo, estoy desnuda y me muero de hambre.

Y componiéndose la voz, como si realmente estuviera animando el episodio, agregó:

— ¡Yo no vivo. Me "viven"! Sí, esa persona, vive en mí, otra vida. Una vida activa, laboriosa, honesta, pura y sujeta por demás. Y en él, otra fastuosa, placentera, voluptuosa... Y sobre todo, libre. Lo que gana en la mía, lo gasta en la suya. Y lo que diápidia en ésta, lo ahorra en aquella. ¡Sí! En mi vida, hace el arropamiento de las culpas que comete en la suya personal. Y me temo — y esto es horrible — que en mi vida volará al cielo la suya, porque para eso, no represento otra cosa que la de ser la sucursal penitente de su vida pecadora...

— ¿Y quién es esa persona?

— ¡Eupulón y Compañía. Mis patrones!

— ¡Cumplo los son hoy, los diez años cabales de mis trabajos. hermanos, tengo hambre; tengo sed y tengo frío. Quiero pan; quie-

LOS VENCEDORES MUERTOS

Se encontraron trabajando en la misma galería. Eran amigos desde la escuela. Al cumplir la edad del servicio militar, se separaron. Uno, Juan, fue a Mellilla; otro, Pedro, fue a Larrache. Y se escribieron largas cartas para entibiar el estúpido frío del abandono en que vivían todos los soldados de África.

Juan se colocó, al cumplir, en una mina de La Unión (sierra de Cartagena, en la motuna provincia de Murcia); Pedro se vio precisado a buscar trabajo en Mazarón, sierra del otro extremo. Dejaron de verse, de escribirse, y pasaron cinco años. De repente, al bajar Pedro a la última galería de su mina, se encontró con el amigo.

Cuando sonó el pito para el descanso del mediodía, sentáronse juntos a comer en el ventorrillo que engordaba junto a la mina... Pedro era un mozo sombrío, moreno, con la voz cortante como un hielito. Juan era alegre, cariñoso, con suave mirada recta.

— ¡Estoy harto de aguantar la miseria! — fue lo primero que dijo Pedro, bebiendo el agua del descanso — el oficio de minero es absurdo. He meditado, Juan, y encuentro loco el sacar los minerales para ponerlos a la disposición de los que no trabajan, de los que se benefician con nuestro sudor sin oír jamás nuestras quejas.

Juan, entre bocados, dijo tenuemente:

— Me caso, tengo un hijo... El amo de la Unión cerró sus pozos, y tuve que venir a buscar aquí el pedazo de pan que necesitamos.

— ¿Cerró la mina?

— Sí; dice que perdía. La verdad es que no ganaba tanto, pero perder aun no perdía.

Pedro sonreía dolorosamente.

— Este es el truco nuevo, amigo, para dejarlo todo cuando ya se está harto. — Miró en derredor. — Oyeme: aquí, ya lo ves, ganamos catorce reales bajo pretexto de que sólo así podremos seguir trabajando. Tres veces hemos planteado la huelga para obtener mayor jornal, y otras tantas nos han engañado! Pero ahora, me he encargado yo de organizar las cosas de otro modo. Me alegro de que hayas venido; así me ayudarás.

— ¡Estoy desengañado, Pedro! Yo no sirvo para luchar.

— Te enseñaré. Hay que dar un escarmiento, si queremos que nos atiendan algún día.

Sonaba otra vez la llamada. Del sol radiante, a la sombra horadada de la tierra. Después de unas horas de bregar con las piedras, de arrancarles su quieta fragancia de siglos, volvieron a la luz los obreros. Era igual que en la mina, el mundo de aquella hora.

Juan llevó a Pedro a su casa. Le enseñó su mujer, pálida y delgada de hambre; a su hijo: un hermoso niño, de ensueño deseperadamente sostenido, que no llevaba nada sobre sus carnes limpias y parecía vestido de estrellas.

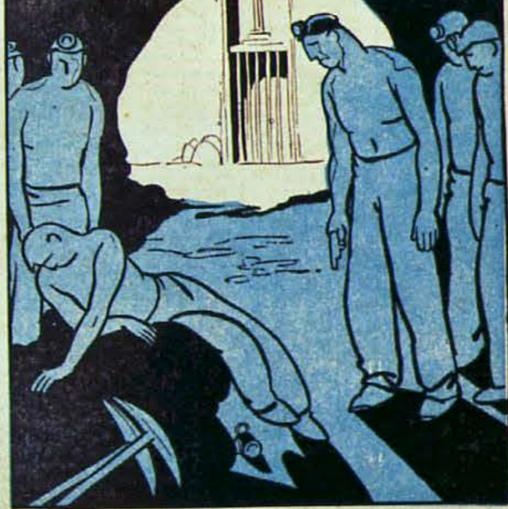
El corazón solitario de Pedro se desgarró en ternura. ¡Por qué aquel inocente tendría que pasar sin todo el alimento que necesitaba? Y para no traicionar a su fortaleza, se despidió y fue a reunirse con los compañeros que le ayudaban a preparar la huelga. Llamó Pedro al capataz, al empezar el trabajo de la mañana.

— Díga Vd. al amo que no saldremos de aquí mientras no se nos suba el jornal. Con catorce reales nos estamos muriendo, y de hoy no pasa que intentemos vivir!

Nada se atrevió el capataz a decir frente a los ojos resueltos

CARMEN CONDE

ILUSTRACION DE RECHAIN



de Pedro. Subió, llamó por teléfono al amo, y éste a la Guardia Civil.

Espereamos a que les apriete el hambre — aconsejó el teniente de las fuerzas: ellos saldrán — y se apostaron en las bocas de las minas para impedir que nadie bajara comida a los rebeldes.

Pero los mineros, ¡ay!, sabían muy bien resistir el hambre que harto conocían, y no salió ninguno en todo el día, ni durante la noche, propagando la alarma entre los hacendados, y el descontento, el ansia de atacar entre la fuerza armada que veía alterado su régimen de quietud.

Dentro de la mina en rebeldía, ni un solo hombre estaba arre-

ro abrigo; quiero amar; quiero un poco de sol; quiero un poco de libertad. ¡Hermanos! ¡Somos hermanos! ¡Hermanos, dadme; hermanos, quiero...!

(E inopinadamente, mi Salud se puso a llorar a moco tendido...) Mi Razón — como toda fuerza capitalista — se condujo con habilidad. Viendo que la anterior rebeldía de mi Salud, se derretía en lágrimas, echándose la cuenta que estaba de regreso en ella, su antigua idiosincrasia pacífica, inofensiva y resignada le habló largamente.

Confieso que le hablo con voz tan apagada, que yo, testigo, no pude oír sino estas palabras sueltas: — Constancia. Honradez. Paciencia. Optimismo. Fe. Esperanza. Caridad. Intelligencia. Voluntad. Patriotismo. Respeto. Disciplina. Dios...

Lo cierto, es que la velada terminó arreglando mi Salud la desordenada pieza; cepillando las maltratadas ropas; haciendo la deshecha cama; comiendo, arrepentida, la antes rehusada sopa. Cuando se acostó en el lecho, la luz de la madrugada se colaba por una juntura del postigo. Al dar sobre la almohada, arrojaba sobre la cara pálida y ojosa de mi Salud, un nimbo luminoso en el que yo — testigo — creí identificar, la aureola de beatitud que de niño, había visto, en las estampas, envuolviendo la cabeza de los bienaventurados. Y hasta pensé que mi Salud era una santa, nada más que porque había vencido la Tentación.

Al otro día, mi Salud, trajo su señora. Después, vinieron los hijos. En lo sucesivo, ambas vivieron juntas ante mí, sin recortas tan escandalosas; sin choques tan visibles. Pero en lo hondo, allá bien adentro, notaba siempre mi Razón, que a mi Salud le hervía un deseo. Muchos deseos. Sin embargo, su egoísmo, se había purificado. Lo que quería, lo deseaba para su mujer y para sus hijos. Y por una transformación explicable, humana, sentía en él, lo que faltaba en los suyos.

Lázaro Chupatintas volvió a moverse en la cama y continuó el hilo de sus reflexiones, exigido por la fiebre:

— He pensado, cómo fué mi Salud. Fué vigorosa, plena y entera. Su misma vitalidad, su juventud y su optimismo — vitalidad de la carne, juventud de la carne y optimismo de la carne — le hicieron desear comodidad y desahogo. Concupiscencias de su metro y sesenta y cinco centímetros de estatura. De sus cincuenta kilos de peso. De sus treinta y dos dientes. De sus treinta y cinco aspiraciones y expiraciones por minuto y de sus setenta y dos pulsaciones cada sesenta segundos. Concupiscencias de la Salud. Sobre ellas, actuó imperturbable y fatal, el cilicio de mi Razón.

Dedujo Lázaro: — Todo esto me hace pensar, que el estado permanente en que actuó mi organismo hasta "el día de la puntada", fué el de la enfermedad de la Salud. Mil deseos, mil apetitos insatisfechos infiltraron en mi Salud, el descontento hasta precipitar el abandono, por cansancio. Por martirio. Por eso, me abandonó mi Salud. Por eso también — diga lo que diga el médico — mi estado actual, es el de la salud de la enfermedad. Porque...

Como esto lo dijera, en voz alta, el médico que se encontraba a la cabecera, no para "salvarlo" — estaba desahuciado — sino para certificar su defunción, cuya tardanza le estaba como picando en el amor propio profesional, moviendo la cabeza de hombre a hombre, musitó con un aire no exento de satisfacción científica: — ¡Juana! ¡Juana! ¡Quiero agua!

— ¡Desvaria, ¡Morirá!

La mujer desconsolada se tragaba las lágrimas. Mientras tanto Lázaro continuó sus extravagantes pensamientos: — ¡Quise agua y la tomé. ¿Qué deseaba antes? Mil cosas. ¿Cuándo estuve mejor? ¡Ah! ¡Si yo soy feliz. Si estoy sano. No deseo nada. Nada!

Y como si el agua — esa gran medicina — lo hubiera en realidad mejorado definitivamente, recobró en parte sus fuerzas. Llamó a su esposa y la besó. Llamó a sus hijos, y los besó. Y dirigiéndose otra vez a Juana le dijo:

— ¿Qué hora es? ¿En qué día estamos?

Por rara coincidencia, como dudando por primera vez de lo que se le dijera, pidió el reloj y el almanaque. Mecánicamente, se puso a jugar con ellos. Recién entonces, también, Juana, creyó en la amenaza del médico. Lázaro presentaba todos los síntomas de la muerte inminente. Hacía pocos instantes, con la mano derecha, le había puesto a acariciar la coleta. Después, había encogido el pulgar sobre la palma de la mano, ocultándolo y ahora, "preguntaba la hora". ¡Moriría...!

Y no pudiendo contenerse más, rompió en sollozos. Al ver llorar a la madre, los hijos empezaron a llorar también.

Los ojos de Lázaro, lustrados por la fiebre, no podían leer la hora en el reloj, ni el día en el almanaque, que cayó sobre la colcha, inconscientemente. Quizás en un espasmo agónico hizo girar con violencia la cuerda del reloj que se rompió, por eso, o por vez del objeto. De inmediato, las agujas emprendieron sobre el cuadrante, una carrera desenrenada: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 1, 2, 3, 4...

Eran mil las horas transcurridas. Simultáneamente, una racha de viento, sacudió las hojas del almanaque dispersándolas hacia afuera, a través de la ventana abierta.

Lázaro, hizo un movimiento. Juana, le puso un crucifijo sobre los labios. Lázaro, sonrió levemente. Uno encima del otro. Parecían dos Cristos. Como si Cristo, hubiera tenido un hermano, que no hubiera llegado a tanto. Más humilde, pero menos santo...

Las agujas continuaban su carrera. Las hojas del almanaque, continuaban dispersándose ventana afuera, en rapidísima sucesión de días — como en el antojo de recoger el mandato del reloj que tenía la cuerda rota. Y el reloj y el almanaque — dos dos — parecían empeñados en medir el infinito.

En ese infinito, se metió Lázaro. En ese infinito que fué su 9 de julio. Y por primera vez en su vida — ¿vida? — fué Señor del Tiempo.

— ¿Qué más nos da, si al fin somos piedras también; si nos pasamos aquí la vida; si nosotros no sabemos nada de la luz del sol? — había dicho Pedro.

Sin embargo, en Juan, más joven que los otros, menos duro que Pedro, con un hijo lleno de alegría inocente aún (arriba, encima de la mina), el corazón se le llevaba muchos impulsos de correr hacia la superficie. Es verdad que él pasaba mucha hambre también, pero era preciso alimentar a su hijo, que, mientras él no trabajaba, peligraba. Sentíase incapaz de luchar, un vencido de antemano, y anhelaba con toda su sangre salir al sol y estrechar a su hijo entre sus brazos.

Una voz pidió permiso desde arriba para que bajara un parlamentario. Bajó un muchachuelo desahogado, vendido, que en voz alta leyó los considerandos que con el fin de que los mineros despusieran su actitud violenta, les hacía el amo, el Gobernador... El jornal, por razones poderosísimas — pérdidas en el mercado, etc. — no podría subirse...

Fuó rechazado el ofrecimiento de claudicación. — Nos moriremos aquí, y ya ningún hombre de verdad querrá trabajar esta mina!

Dos, tres días. Era horrible. Los rostros, hídricos; el ánimo, flaco. La voz, el gesto valeroso de Pedro, contenían la derrota de la carne. ¡Y arriba, paseándose, los explotadores, protegidos por la ley! Los guardias, las pobres mujeres abandonadas y quizá perseguidas! Sin embargo, la voluntad del cabellico era de hierro, y ninguno — aunque ya en todos el dolor hizo fracasar el ansia de vencer — se atrevía a formular su necesidad de transigir.

Voces llegaban, desde las nubes, invitando a subir. ¡Y a quién se le ocurriría el endeudado recurso de aprovechar que la mujer y el hijo de Juan se llegaran a la boca de la mina a pedir noticias del hombre? Un guardia, con voz enérgica, llamó: — ¡Juan López! ¡Aquí tienes a tu mujer y a tu hijo que te buscan!... y asomó la cabezita de oro por el boquete negro — Ahí abajo está tu padre, niño.

Un grito desparovido del hijo halló eco de espanto, de locura, en el padre. Los mineros se sintieron traspasados por la amargura, por el fracaso, por el hambre más inabordable... y se movieron, hacia Juan, que decía llorando: — ¡Mi hijo, Pedro, mi hijo! ¡Yo me subo; yo renuncio a la huelga!

— ¿Renunciar? ¿Subir, ya, un vencido, para escarnio de amos y de autoridades? ¡Y que detrás de éste se hían todos! Pedro, rápido, heroico, sacó su pistola y disparó sobre Juan.

— ¡Hay que resistir, hay que vencer! ¡Es preciso! — y estaba más la tragedia en su pobre voz descompuesta, que en el disparo que derribó al claudicante.

Cientos de ojos fueron del rostro espantoso del herido, al rostro inverosímil del agresor.

— ¡Hay que seguir aquí, para vencer!

— ¡Una sola voz tremenda, calofriada!

Y todos se replegaron, bajando el alma que se les quiso ir por la cobardía fugaz.

Pedro estaba junto al amigo, curándole, besándole; sin palabras, porque su dolor era una montaña.

Al quinto día, transigió el amo.

Y fueron saliendo de la mina uno tras otro; desmayándose cayéndose, muertos ya, los vencedores.

LA PIEZA NUMERO NUEVE

POR

Victor J. Guillet
ILUSTRACION DE
FACIO HEBECQUER

El próximo tren pasa mañana a las 5.45, repitió el jefe de la estación, con esa tranquilidad privativa de los que dan informaciones desagradables a través de una ventanilla.

Retling lo miró, perplejo. Era ingeniero de Puentes y Caminos y trabajaba sobre los nuevos muelles de automóvil por carreteras casi intrasitables, con una temperatura de cuarenta a la sombra y tragando tierra desde la mañana. Había sido enviado para inspeccionar y recibir un puente y ya estaba habido de Misiones en el mes de noviembre. Como la obra fué terminada a satisfacción y no hubo dificultades para su recibimiento, apuró las cosas, confiado en la fidelidad de un horario de ferrocarriles según el cual un tren de combinación con el vapor de la carrera pasaba por aquella estación el miércoles a las 20 y 25. Pero el horario era atrasado o los trenes obedecían por allí a misteriosas voluntades discrecionales; el caso es que no había medio de trasladarse hasta el día siguiente, salvo que apelase al recurso heroico de continuar el viaje en el prehistórico Ford que lo venía zarrandeando desde la salida del sol.

El jefe de la estación, menos impasible cuando se informó de que el pasajero era un funcionario del ministerio de O. P. Públicas, se permitió suavemente un consejo: "Para su opinión, lo más prudente era que el señor ingeniero se quedara la noche en la fonda del pueblo. Al otro día temprano tomaba el tren ya descansado".

"¿Qué tal la fonda? — inquirió, casi persuadido ya, Retling.

El otro se encorrió de hombros, con un gesto casínico. Mala no era. Una fonda de pueblo, claro, no es como un hotel de Buenos Aires. Pero hay cosas peores en la vida.

Retling asintió. Tenía experiencia formada sobre las fondas de las estaciones; pero el cuerpo no le daba para seguir adelante en un vehículo que parecía ser el primer representante de la familia americana de los importadores americanos de la República. Despidióse del jefe con un gesto y se hizo llevar por el chauffeur a la "fementida venta", cuyo exterior corroboró sus más pesimistas sospechas. Llamábase, naturalmente, Hotel de los Pirineos, tenía una cancha de pelota anexa, y era propiedad de un matrimonio vasco, tan alto, flaco y melancólico el hombre como fantástico el aspecto de la mujer. En el despacho de recibimiento, el mal iluminado por una apesetosa y rechuinada lámpara de carburo, la llegada de Retling produjo cierta expectación entre la media docena de parroquianos sentados alrededor de las mesas. En el billar arriñonado al fondo, dos sudorosos jóvenes indígenas suspendieron su partida de carambolas para contemplar al recién llegado y escuchar el diálogo que entabló con la pareja vasca, atrincherada ésta tras del mostrador, a la vera de una estantería estigmatizada durante años por las desyecciones de millares de moscas.

"¿Pieza? Claro que había — afirmó desganadamente el huésped. En cuanto a comida, a aquellas horas... Rasándose despaciosamente la cabeza con la mano izquierda bajo la boina, el hombre consultó con los ojos a la mujer.

La expresión inexplicablemente azorada de ésta, acentuada a la vista. Después cambió con su consorte animadas frases en vasco.

Si el señor se conforma con una tortilla... — propuso, por fin, el vasco, sin mayor convicción.

Fastidiado, Retling rehusó peyorativamente. No tenía mucho apetito. Lo que deseaba era una cama limpia y agua fresca para lavarse.

Entonces, respondió el otro, visiblemente aliviado, podríamos darle... Lo interrumpió la mujer con un tumultuoso torrente de palabras pirenaicas, subrayadas por los agitados movimientos de sus largos brazos escuálidos.

El hombre replicó a su vez. Evidentemente, no le convenía la sugerencia de su consorte.

De pie en el centro del salón, con la valija en la mano, Retling esperaba impaciente, que la pareja resolviese sobre su destino. Casi estaba arrepentido de no haber seguido en el auto. ¡Qué tantas negociaciones para conseguir una pieza probablemente sucia y en donde caería como pasto de los parásitos! Además, había en los ojos de la mujer una expresión de maliciosa ansiedad, capaz de poner incómodo a cualquiera.

Por último, cesó el coloquio: no sabía porqué, Retling tuvo la impresión de que resultó triunfante la opinión de la mujer. Aparecía en su larga y huesuda cara un resplandor victorioso suficiente para tomar odio a la casa, a sus dueños, a sus adormecidos clientes y hasta al loro de la fonda, si lo hubiera habido, como ocurre siempre en esos alojamientos pueblerinos.

— Bueno, — anunció gravemente el vasco —. Le daremos al señor la pieza nueva. Venga conmigo.

Y sin más ceremonias echó hacia una puerta lateral, dejando al viajero la tarea de desarrancar su valija. Tuvó Retling la sensación de que las palabras del fondero habían provocado algún revuelo entre los silenciosos ocupantes de las mesas. Hasta creyó escuchar detrás una sofocada exclamación. Malhumorado y muy dispuesto a desahogarse con una fresca vez y voluta rítmicamente, arrojando a una agresiva mirada sobre los circunstantes. Uno tras otro, bajaron ellos la cabeza, afectando indiferencia. Solamente quedaron mirándolo, con aire de estupor, los dos jugadores de billar. Uno murmuró cierta observación al oído de su compañero, quién, con un ade-

man evasivo, respondió algo así como "a nosotros que nos da", volviéndose a la mesa con el tacito listo para hacer su juego.

Las piezas de fonda, como las personas que se encuentran en viaje, suelen tener buena o mala expresión. Aquella era decididamente mala. Y no por el amueblado, corriente en esas habitaciones en que un armario de pino, un lavatorio con tabla de mármol y una o dos camas de hierro, amén del par de sillas de Viena, satisfacen todas las exigencias de la comodidad y hasta del lujo. Era espaciosa y tenía dos camas con mosqueteros de tul amarillento, enrollado en una especie de sombrillas sujetas a una pértiga; pero uno de los lechos no lo ocuparía nadie — tranquilizó el fondero ante un gesto de protesta de Retling. En pocos segundos, éste ratificó su primera impresión. Aquella pieza era sospechosa. Infundía desconfianza, inmóvilmente, tal vez, como algunas personas despiertas súbita antipatía. De buena gana, hubiera pedido otra; mas la exigencia habría resultado pueril; además, acaso el cambio le resultara peor.

El vasco salió y volvió de inmediato con una jarra llena de agua que depositó sobre el lavatorio, como la atmósfera era sofocante, explicó que la yehetna no podía abrirse a impulsión. Se aclararon bien; aunque — añadió a título de consuelo — permaneciendo cerrada, conservaba mejor la frescura.

Se retiró, después de un par de minutos, con un gesto "Buenas noches".

Al quedarse solo, intensificóse en Retling el desasosiego que lo asaltó cuando entrara en la habitación. No era miedo sino una ambigua sensación de malestar que lo hacía mirar reciosamente alrededor como si atisbase algo que se esfumara en los ángulos de los penumbrosos de la pieza. Allí no había lámpara y el alumbrado consistía en la media vela de estearina fijada en una palmatara, sobre la mesa de luz. La pieza debía haber estado cerrada durante mucho tiempo porque se respiraba en ella ese ambiente hecho de polvo y humedad característica de los recintos clausurados. Además, había otra cosa; otra cosa que al principio no pudo precisar y que al fin identificó con la caposidad repugnante y malsana de las flores envejecidas en el agua corrompida de un florero.

La verdad — pensó Retling —

una noche encerrado allí no brindaba muy seductores incentivos. Felizmente, unas cuantas horas pasaron pronto, y con aquel cansancio que lo abrumaba no habría sugerido misteriosa que le impidiese dormir como una piedra.

Ya desvestido y tirado en la cama, intentó repasar algunos apuntes tomados para su informe; pero el sueño se asentaba sobre su cabeza pesadamente. Apagó la luz, con los ojos cerrados ya. Sobre el velador, al lado de la palmatara, dejó el revólver y el reloj. Ahora sentía no haber aceptado la tortilla de la vascona. Porque una tortilla, después de todo, es una tortilla. Quedó dormido.

Habrían corrido algunas horas cuando Retling se incorporó, despertado súbitamente por algo que sólo alcanzó confusamente en el primer instante. Luchando con el embotamiento mental, trató de pensar, inquieto. Si había sido un gemido. Un gemido. O más bien, un suspiro, un largo y quejumbroso suspiro, allí mismo, en la cama próxima. ¿En la otra cama? Cuando él se acostó estaba desocupada. A menos que alguien hubiese entrado durante su sueño... Buscó a tientas los fósforos y raspó uno; el último que le quedaba en la caja; encendió la vela y miró a su claridad vacilante. En el rincón distinguía la cama vacía, cuidadosamente estrada la colcha de algodón blanco.

Habría soñado. Intentó reírse, aun cuando estaba fastidiado en el fondo; seguro que trasladó a la vicilia las fantasías enfermizas de una pesadilla. Se sofocó ahora sí que se dejaba sentir hasta la náusea aquella emanación capiosa de flores corrompidas. Si pudiera abrir la ventana...

A punto estuvo de bajar de la cama para intentar; pero lo dominó la poltronería del sueño que retornaba. ¡Al diablo el mal olor! No se iba a morir por eso. ¡Bajo invadido el sopor como una oscura nube; pero algo vibraba alerta en sus nervios. Con todo, la resistencia no sería larga — pensó —. Era como si un impalpable bifeño fuese anestando insidiosamente sus sentidos... Se incorporó otra vez de un salto, desahogado de golpe. Ahora, sí, había oído bien. Un violento hipo que terminó en trágica boqueada. Allí, cerca, en la densa oscuridad que despuntaba sus miradas. Retling no era cohardé; pero aquello...

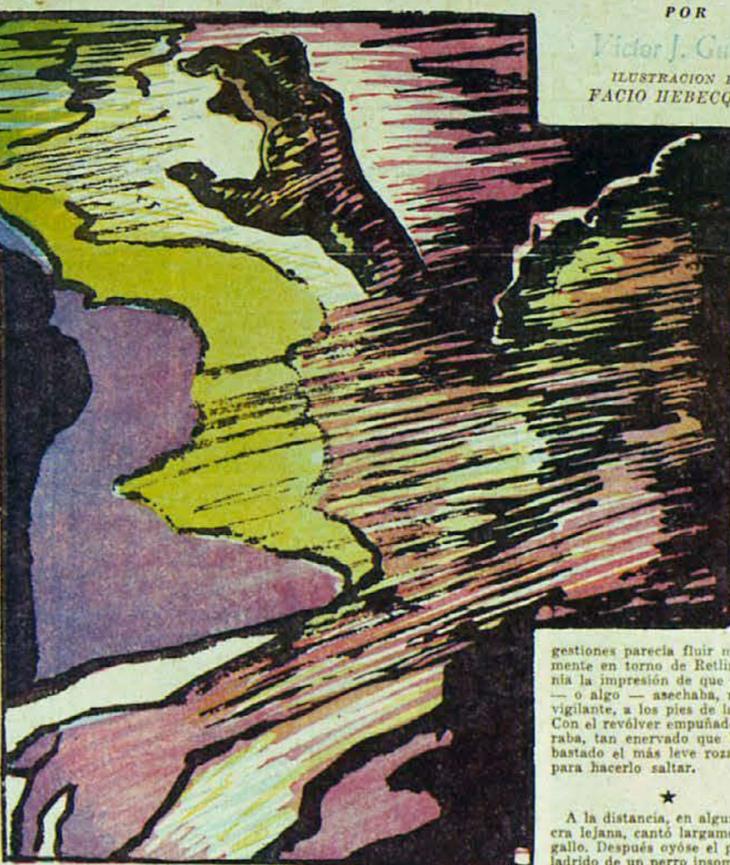
Tensos los nervios, desorbitados los ojos, esperó. Y nuevamente dejóse oír el silencio, el lóbrego singulto. Empezó como un tenue suspiro, un desolado suspiro por donde se evadiera una dramática congoja; interrumpióse de golpe, como si una mano invisible se le arrojara brutalmente una invisible boca. Y en seguida aquel horrendo hipo, que finalizó en una boqueada agónica, con el seco chocar de los dientes.

Sobrecogido hasta el pavor, Retling casi se arrojó de la cama; pero bajóse así, en aquellas tinieblas muchilgomas de tan espesas para encontrarse con quien sabe qué espantables cosas... Su mano temblorosa buscó la caja de fósforos, sacudiéndola con vaga esperanza: ni uno solo. Y entre tanto, allí al lado, aquello podía repetirse de un segundo a otro.

De súbito, lo asaltó un pensamiento. A lo mejor tratábase de una broma, una de esas estúpidas bromas de pueblo contra el forastero. Eso debía ser. Recordaba ahora la disputa entre los vascos, la curiosidad de los parroquianos, íntimos de la casa, sin duda; y hasta aquellas exclamaciones ahogadas que alguien dejó escapar a sus espaldas cuando el fondero le destinó habitación. Claro, para aquellos animales sería más tarde una veta de inagotable chacota la historia de que lo habían metido un julepe al ingeniero del ministerio. ¡Si! Lo que era él, Retling, no les iba a dar cop el gusto a los guasos que le habían preparado la farsa. Lástima no poder devolverles la gracia con el contenido del revólver... Para notificarlos, por si andan cerca, lanzó en la oscuridad una nutrida andanada de palabrotas, hispidas de jotas y de ajos. ¡Hipo de tal...!

Ya desahogado, tendiéndose de nuevo en la cama, apartando de una manotada el sucio mosquetero que le arrebatara el aire. No se movería aunque derribaran el techo de la casa.

Pero se movió. Una hora más tarde; dos quizás. Su sueño no debió ser muy profundo porque lo arrancó de él un atenuado arrullo de palomas. Ahñetado e incómodo, sentóse en la cama y escuchó. No había duda; era n palomas; el arrullo quedó y confidencialmente, parecía surgir simultáneamente de los cuatro ángulos superiores del cuarto. Otra invención de los imbéciles bromistas... Se lo repitió mentalmente con insistencia; pero sabía bien, en lo íntimo de su conciencia, que no era cierto, que no podía serlo. En aquel recoleto arrullo, dulce y persistente en la noche, había algo de sobrenatural que le erizaba la piel en el repelo del terror. Oprimidas las manos contra el pecho, sentía los latidos del corazón precipitarse como un desordenado galopar. Hizo un esfuerzo para dominar el miedo que lo invadía. ¡No faltaba más que todo un ingeniero civil diera en amedrentarse con alucinaciones nocturnas! Decrecía suavemente el arrullo de las palomas hasta extinguirse,



gestiones parecía fluir malignamente en torno de Retling. Tenía la impresión de que alguien — o algo — asechaba, mudo y vigilante, a los pies de la cama. Con el revólver empuñado, esperaba, tan enervado que hubiera bastado el más leve rozamiento para hacerlo saltar.

A la distancia, en alguna charca lejana, cantó largamente un gallo. Después oyóse el pertinaz ladrado de un perro insomne. Un carro arrastrado pesadamente por una calle inmediata.

Tranquilizábase Retling gradualmente; hasta llegó a dudar de que realmente hubiese percibido aquellas cosas que lo mantenían desvelado. Evidentemente su estado nervioso no era bueno y de ahí aquella propensión a las alucinaciones. Recordó pasadas lecturas sobre fenómenos de neurastenia y prometióse someterse a un severo tratamiento apenas regresase a Buenos Aires. Menos copetines, menos tabaco y menos... lo otro. Eso era lo que convenía. Y ahora, trataría de dormir de nuevo. No pasaría dos horas sin que el chauffeur viniera a despertarlo para conducirlo a la estación. Estiróse blandamente en la cama, boca arriba, peinándose con los dedos el cabello húmedo de sudor. Al fin dormiría.

abriendo en las tinieblas una cesura más pavorosa que el mismo murmullo precedente. Crujió la ventana vecina y alguien avanzó con paso pesado y vacilante en la habitación. Retling sentía aproximarse una enigmática presencia en aquella maldita oscuridad que lo embosaba. No pudo contenerse más y gritó, tratando de dar firmeza a su acento: "¿Quién anda ahí? ¡Si no contestan, hago fuego!".

Agarró el revólver y estuvo a punto de dispararlo al azar; un resto de buen sentido lo detuvo. Sombras...

¡La jarana que se armaría cuando acudiera gente y se enterasen de que había tirado contra las sombras...!

Había cesado los pasos; el silencio cargado de terroríficas su-

Sútilmente, como una cautelosa reptación, algo se deslizaba sobre las ropas de la cama, cerca del respaldar. Parecía que sus manos furtivas palpases ligeramente, buscando quién sabe qué contactos. Retling permaneció inmóvil para cerciorarse; sólo un instante, porque se levantó de nuevo con atroz sobresalto. ¿Qué sería aquello que andaba allí, extendiendo de las tinieblas sus ominosos tentáculos? Intentó otra vez una interpelación y la voz le brotó quebrada y opaca de la boca. Lentamente, como si se retirase atisbando, disminuyó hasta extinguirse la siniestra reptación. ¡Y si fuesen ratas? — reflexionó ahora Retling —. Naturalmente; qué otra cosa podía ser sino ratas en aquella sucia y descuidada habitación? Sólo estando loco pudo creer...

Crujió en ese instante la cama vecina, como si un cuerpo pesado se revolviere en ella. Estrado el cuello, sintiendo que se le helaba la sangre en las arterias, Retling volvió la cabeza hacia ese lado, esforzándose vanamente por ver. Otra vez se escuchó el crujido y después pobló el vacío el horrendo jadear de una agonía. Un lóbrego ululado fue exhalado por una estrangulada garganta. Era como si en aquellas tinieblas se librara una siniestra lucha homicida, alguien se puso de pie y avanzó unos pasos, tropezando, en dirección a la puerta. Después cruzó el silencio un desesperado clamor y algo, un cuerpo, rodó por tierra, hipando trágicamente.

Fuera de sí, Retling arrojóse de la cama, precipitándose a tientas, con los brazos extendidos, deseando y temiendo encontrar algo que dispiera con su realidad, fuese lo que fuera, aquella enloquecedora fantasmagoría de pesadilla. Se adelantó hasta dar con las manos en la frialdad de la pared frontera; torció entonces hacia el lecho vecino y sus manos, trémulas y húmedas, tanteando las almidadas ropas tendidas en un metucioso cuidado. Nada ¡Nada! Y sin embargo, allí, en torno suyo, continuaba jadeando una horrenda agonía.

Debía lanzar un grito trágico por el silencio. Enloquecido, escapados los nervios a todo control, huyó en dirección al sitio donde debía encontrarse la puerta. Al correr tropezó con la cama y cayó sobre ella, envolviéndose en sus ropas como un niño aterrado. Se desmayó o se durmió; primeramente lo uno y después lo otro, probablemente.

Rudos y repetidos golpes en las maderas de la ventana le hicieron recobrar la conciencia de sí mismo. Apuntaba ya el día, porque la claridad matinal, fina y lúcente, penetraba en luminosas láminas por las rendijas.

Dió una voz al chauffeur, quien reiteraba sus llamados desde la calle y se vistió apresuradamente. En las cosas de la noche no quería ni pensar. Torpe broma, alucinación enfermiza o aterradora realidad, no le interesaba en el momento. Lo reflexionaría más tarde, en otro lugar, libre de las sugestiones de aquel ambiente infernal. Ahora sólo urgía abandonar la habitación, la casa y hasta el pueblo taciendo con la valija en la mano, encontrándose en el patio con la mujer del fondero más escuálida, más casaverica toda vía que la vispera. La vasca le asió una escrutadora mirada ansiosa, a tiempo que recibía el pago del hospedaje. ¿Sabía ¿Querria preguntarle algo? ¿Que le importaba, después de todo? Despidióse vagamente e con un gruñido y flanqueó la puerta de calle, llenándose los pulmones con el aire fresco de la mañana aspirando con deleitosa entrapella. No debía lucir muy buena cara porque el conductor lo miró con expresión de sorpresa mientras le recibía la valija para cargarla en el coche.

En dos minutos estuvieron en la estación. Era temprano; el tren no había llegado todavía cansado y lánguido. Retling decidió esperar en el mismo vehículo.

Observálo el chauffeur a soslayo; adivinábase que el hombre tenía ganas de decir algo. Al fin, después de bajar la maleta y depositarla en la vereda parado junto al coche, tuvo oportunidad de hacerse el gusto.

"¿Pasó bien la noche? ¿Qué ocurrencia de la gente aquella noche? ¿Asombrado?" Retling le lanzó, receloso, una oblicua mirada.

— Sí, pues, respondió el otro ya encaminado por donde quería. Todo el pueblo y hasta los viajeros de las casas de Buenos Aires, sabían que en la pieza número nueve de la fonda pasaban cosas extrañas. Desde que en ella se mató, o fue asesinado, nunca se aclaró bien el hecho, el hermano del vasco, el primitivo dueño de la fonda, que éste había ocupado cerca de un año atrás. En la misma pieza fue velado el cadáver; y desde entonces no la había ocupado nadie, porque el primero que estuvo en ella salió a la madrugada medio enloquecido, contando una punta de novedades. Seguramente al señor le dieron el cuarto para probar si él, un forastero, ignorante de todo lo ocurrido, sentía las mismas cosas que los demás creían sentir.

— Eso debió ser nomás — reflexionó el hombre en voz alta. Y sin poder moderar su deseo de saber, inquirió, brillándole los ojos, con zafia indiscreción: — ¿Y usted sintió algo, señor?

Retling lo miró fijamente un segundo, con desconfianza y rabia: — A lo mejor este también...

Resoplando ruidosamente, el convoy entraba por agujas. Retling se tiró del coche, empujando la valija y puso unos pesos en la mano del hombre, dejándolo plantado con sus historias.

ARTURO CAPDEVILA 1894. Madrid

Tierra Mía



ANTES de acometer el elogio de este excelente libro, conviene dirimir una confusión. Se trata de un reproche turbio, inarticulado, fundamental, que los más jóvenes le hacen a Capdevila. Un reproche de muy ardua refutación, porque no está en palabras, sino en desganos. Más de treinta volúmenes tiene publicados ya Capdevila, y no hay semestre que no aporte sus novedades. Nadie coteja las páginas antiguas con las modernas; todos prefieren resolver que las de ahora (por ser muchas) son malas, y que D. Arturo es un escritor que se ha "standardizado" — como si la palabra standard fuera un oprobio, en vez de una medida de perfección. (Lo delicioso es que los enemigos acérrimos de todo criterio cuantitativo recurren siempre a él, al ponderar con toda grosería la brevedad material de tal o cual obra). Olvidan que la facilidad no es obligatoriamente culpable, olvidan que hay un momento en que la expresión deja de constituir un problema. El escritor, llegado ese momento, se sabe vinculado a determinado vocabulario, a determinada voz, a determinadas formas sintácticas, y en ellos vierte lo que quiere decir...

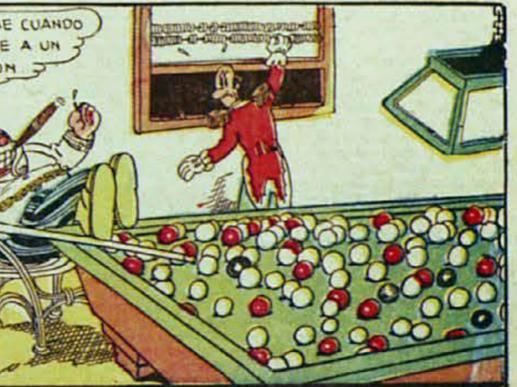
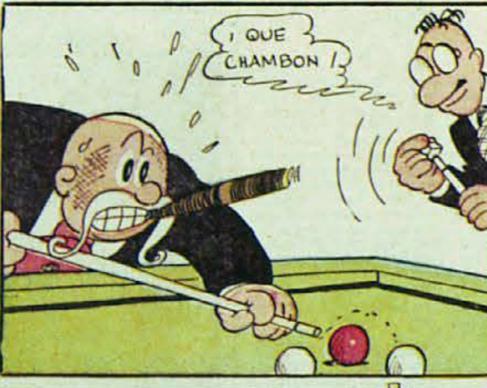
Hay otra acusación, mejor dicho, hay otra manera de la acusación anterior. Deliberadamente o no, el escritor de fama es asimilado al "orden de cosas", al siempre deplorable "orden de cosas" que es urgente abolir. La opinión lo hace solidario de la fealdad de los edificios públicos, de la tristeza de los domingos y de las estatuas, del tedio de los días. De esa brutal asimilación no se salvan ni los más disconformes, ya que su rebeldía es considerada como parte de ese "orden". Digámoslo toda la verdad: el hijo no se quiere reconocer en el padre, el hijo no tolera que su padre tenga razón.

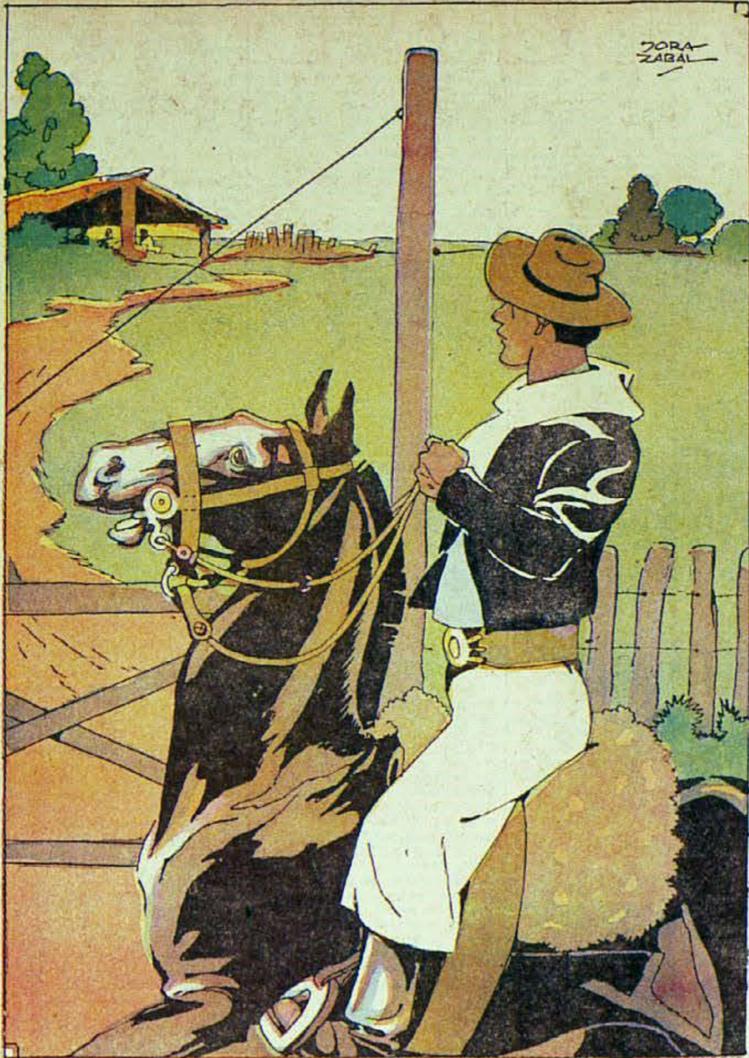
Denunciadas ya esas dificultades, paso al libro de Capdevila. Es de gratísima lectura. El numeroso estilo del autor — consanguíneo, a veces, del manejo por D. Alfonso Reyes — se va adecuando de manera admirable a las delicadezas del tema, que es la fina y ardiente descripción de nuestras catorce provincias.

De esa clara geografía sentimental yo sé que hay páginas que no olvidaré: la primer mañana del muchacho cordobés en Buenos Aires, la casi amistosa evocación de Juan Crisóstomo Lafinur, las plazas de Córdoba, el indio aquel de una mañana en Jujuy que no se sabe "si es un hombre o un vaso de dulzura".

I. L. B.

El Nuevo Rico ★ por Héctor Rodríguez





SACRIFICIO

¿Dónde ande vengo? ¿Ande voy? van sabiendo esto: Vivían mis tataras en un rancho...

BRUNO GÓMEZ

Ilustración de Sorazabal

Miranda. Habrá un par de legüitas.

Muchas gracias, aparcero, y que se divierta la gente...

Un rato hacía que había pasado por la estancia que supuse sería la mentada por el carretero...

Deseando acampar un rato y darle agua mi bayo, desensillé y me dirigí a un ombú...

Me acosté en mi recaco como pa sestear un rato, dejando pastar mi caballo...

Debió haber pasado güen rato que yo dormía. Los chuzasos del sol que se metían...

Diba a pasar de largo, pero vide qué estaban de doma y me paré pa curiosar...

Como don Lisandro me ofreció su casa pa trabajar, y yo le contesté que lo pensaría...

Le dije que sí. Sería pa'otra güelta. Agradeci tuitas las atenciones que me dispensó...

Salté a mi bayo y me despedí, no sin antes echar un vistazo pa lo que me quedaba...

Galopando, galopando, y acordándome de unos versos que zenti a un payador...

perencia. Y entré el entusiasmo de los paisanos...

Más tardeito se me acercó una linda china, pidiéndome que cantar algo...

Yo debía estar algo emocionado, porque la moza me preguntó varias veces...

Pero aunque los hijos no tienen que pagar la culpa...

Como don Lisandro me ofreció su casa pa trabajar, y yo le contesté que lo pensaría...

Le dije que sí. Sería pa'otra güelta. Agradeci tuitas las atenciones...

Salté a mi bayo y me despedí, no sin antes echar un vistazo pa lo que me quedaba...

Galopando, galopando, y acordándome de unos versos que zenti a un payador...

"Hasta la cruz que levanta [el pobre] Es la primera que derriba el [viento]."

Comic strip panels with dialogue bubbles and illustrations of cavemen. Dialogue includes: 'ESAS ALMENAS CON PALOMITAS SON LAS DEL REY, TUCO TUCO', 'GUERRA QUIMICA', '¿QUIÉN ANDA?', '¡UN CIEGUITO!', 'VAYA ALOCULISTA', 'BUSCO UN ALFABETO', 'A VER, MUÉSTREME SUS PAPPADOS', 'NO VEO... NO VEO.', '¡EH! ATACAN LA GUARDIA!', 'Y PENSAR QUE DENTRO DE VARIOS AÑOS SAN SÓN SERÁ FAMOSO.', 'ADELANTE LOS QUE QUEDAN.', 'NO HAY NADIE.', 'BO! PUL!', 'PERDONEN VIEJOS! SOY EL PRECURSOR DE LA AMETRALLADORA.', 'NO SE OLVIDEN DE PONER EN EL PARTE DE LA DERROTA, QUE CAYERON CON GLORIA.', 'DEJAME ENTRAR.', 'EL REY TUCO TUCO QUIERE PAZ.', '¡CHE, REY! DESPEREZATE.', '¿QUIÉN SOS?', 'SOY PELOPONESO, FIGURO EN UNA ÓPERA DE WAGNER Y BUSGO A MI PLEGIOSOURITO JAZMÍN.', 'ÉL ME PERTENECE A MÍ, LE HE ENSEÑADO A COMPRARME LOS DIARIOS.', 'DURO CON ÉL.', 'SOY UN HERALDO DEL REY GUUZLE, EL DE LAS CIENTO ALMENAS DE PLATA.', 'SOS UN ATORRANTE QUE VIVIS JUGANDO AL BILLAR.', 'TE MANDARÉ ELECTROCUTAR.', 'LA ELECTRICIDAD NO EXISTE.', 'COMO SE ATREVE A APODERARSE DE INVENTOS QUE NO SE HAN INVENTADO.', 'BUENO, LO COLGARÉ DE LA NAJIZ.', 'SOY EL ENVIADO DEL DESTINO.', 'Y ENCONTRARÉ A JAZMÍN, PORQUE ASÍ FIGURARÉ EN LAS HISTORIETAS DEL AÑO 1934.', 'EN 1934 LA HUMANIDAD HABRÁ ENCONTRADO LA FÓRMULA DE QUE NO HAYA GUERRAS, MIENTRAS TANTO EMBROMADO.'